

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. —Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 50 por trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. al trimestre.—En Ultramar: 90 rs. al trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

PARTE EXTRANJERA.

El Emperador Alejandro ha sido objeto de entusiasmos ovaciones a su entrada en París. El autócrata de todas las Rusias no ha inspirado a la población parisiense mas que un sentimiento de curiosidad. El Czar ha despertado en Francia las más vivas simpatías en favor de Polonia, y en todas sus correrías por la ciudad está presenciando calorosas demostraciones de grandes masas de gente de todas clases y edades en confirmación del interés que excita en los pueblos franceses la desgraciada suerte de Polonia, y lo que es más grave, el Soberano ruso ha estado a punto de ser víctima de un asesinato.

Hé aquí la progresión que se advierte en las noticias que sobre la visita del Emperador Alejandro hemos recibido estos días. Anteayer nos extrañaron las noticias del *Monitor* y la *France*, y los recibimos con prevención. Ayer nos inclinábamos a juzgar exactas las que nos comunicaban en carta particular. Hoy tenemos vehementes indicios para creer que los periódicos imperialistas no habían dicho la verdad, y que la correspondencia a que nos referimos la publicó con alguna atenuación.

La mayor parte de los periódicos no oficiales del vecino Imperio, afirman unánimemente que Polonia está siendo objeto de entusiastas aclamaciones ante las mismísimas barbas del Emperador de Rusia. En el Museo de Clunay, en el palacio de la Justicia, en la Santa Capilla y otros edificios notables de París que Alejandro II visita; en el teatro de la ópera y en los espectáculos a que aquel asiste; en los boulevares y demás sitios públicos que frecuenta; en todas partes sus imperiales oídos no escuchan otro grito, ni sale otro del concurso que en cada lugar encuentra que el de ¡Viva Polonia! Y esto que afirman unánimemente los periódicos no oficiales, lo comprueban con su conducta los imperialistas. No hay uno de estos que se atreva a negar la noticia anterior, y no hay tampoco uno que consignándola sin contradecirla ni atenuarla dentro del corazón aquellas manifestaciones.

Prescindiendo en este momento del espíritu que anima a las masas de París, es lo cierto que las descripciones de la *France* y del *Monitor* sobre el recibimiento que se hizo en aquella capital al Soberano de Rusia, son completamente inexactas; y que no ha de agradar mucho a este ni favorecer nada a Polonia la actitud de los parisienses, a pesar de los esfuerzos que el mundo oficial de Francia haga para disipar el mal efecto que en Alejandro debe causar la dicha actitud.

Pues la tentativa de asesinato ¿qué tal impresión habrá hecho surgir en el Czar? Si hemos de dar crédito al telegrafo, un joven polaco es el autor del horrible atentado que, de consumarse, hubiera agravado con nuevas complicaciones la ya bastante y aun demasiado enmarañada situación de Europa. ¿Qué móviles han impulsado a Besevonski a la frustrada ejecución de su horrendo crimen? ¿Qué fines se proponía alcanzar por medio del regicidio? ¿Es el delincuente autor de proyecto tan execrable, instrumento de alguna secreta conjuración que se esconde tras él?

Mucho puede la desesperación en el hombre cuando faltan los consuelos de la fe y los auxilios de la gracia: comprendemos hasta dónde puede llevar a aquel el odio y el rencor cuando se deja dominar de ambos sentimientos: no ignoramos que puede haber en Francia emigrados polacos que instantáneamente hayan pasado de la riqueza y del poder a la proscripción y a la miseria, y que ardiendo en ira y en deseos de venganza se arrojen a la comisión de los mayores delitos. Sin embargo de todo no repugna el dar acogida a la idea de que el criminal ha obrado por impulso propio, por satisfacer una pasión, creyendo tal vez en un rapto de locura que obrando así trabajaba en beneficio de su patria. Por otra parte, la nación polaca no ha podido comprar sicarios en Francia para abreviar los días de Alejandro, que hoy es su Soberano de hecho. Esto lo saben todos los polacos, y por eso no han pensado nunca ni pensarán, mientras en aquella desventurada tierra se profese el Catolicismo, llegar a la emancipación de la coyunda de Rusia por el camino del regicidio.

No queremos seguir haciendo suposiciones. El criminal está sometido al fallo de los tribunales, a pesar de que «la gente quería (no dice el telegrafo con qué fin) apoderarse del joven polaco.» El Gobierno francés está por muchas razones más interesado que nadie en descubrir cuanto se relacione con el hecho de que tratamos, y pronto sabremos el resultado del proceso que se sustancie y de las pesquisas que con el mismo objeto de averiguar la verdad haga la tan ponderada policía del vecino imperio.

Pero ¡ay de Polonia! si ni las actuaciones judiciales, ni las pesquisas de la policía descubren complicidad en el crimen, si la policía y los tribunales resuelven de consuno que no hay más delincuente que el autor material del regicidio frustrado. ¿Quién librará a aquella desdichada nación de la calumnia y de sus consecuencias? ¿Qué juicio formará el Rey Guillermo de lo que sucede en París a su aliado Alejandro?

Del recibimiento hecho al Monarca de Prusia no se atreverán sin duda a decir nada los periódicos imperialistas, como lo hicieron del de Rusia. Lejos de eso, la *France* del día 5 del presente, del mismo día en que Guillermo I entró en París acompañado del conde de Bismarck y del general Molke, publicó un artículo en el cual se lee el significativo párrafo siguiente: «Persistimos en creer que no habrá ninguna de las manifestaciones descorsetes que se habían anunciado y que el Rey de Prusia hallará en nuestra capital las consideraciones que corresponden a la categoría del augusto visitante y las que nos impone a nosotros el sentimiento de nuestra propia dignidad.» Recomendando y suplica la moderación y la cortesía en atención a que no deben estar reñidos estos sentimientos con la vigilancia que la nación vecina «está obligada a guardar (son palabras de la *France*) respecto de los que, como el Rey Guillermo y su ministro pasan, con razón o sin ella, por no haber dicho aun la última palabra de sus ambiciones.» Los deseos del periódico semi-oficial se han cumplido. El Monarca prusiano ha sido recibido en París, según noticias particulares, con indiferencia.

¿A que nuestros lectores, sin embargo, no se figuran lo que a los ojos de la *France* significa la visita del Soberano de Prusia? Pues «la visita del Rey Guillermo (textual) es para Francia una prueba de que hoy reinan en Berlín los mismos sentimientos de moderación que en París.» ¿Qué ocurrencias tiene la *France*!

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

París, 7 (a las dos de la madrugada).—Entre cinco y seis de la tarde de ayer, al regresar de una revista, Emperadores de Francia y Rusia, fué objeto de este último de un atentado cerca de la cascada del bosque de Boulogne.

Un joven que se supone polaco hizo fuego al coche en que iban los Emperadores, sin herir a nadie.

La pistola reventó al hacer el disparo, causando una herida en la mano al polaco y otra en un costado a una mujer que se encontraba cerca.

La indignación del público fué tan grande que muchas personas se arrojaron sobre el polaco y quisieron matarle, a los gritos de: ¡al asesino! ¡al asesino! Este fué preso en seguida.

París, 6 (a las diez de la noche).—Después de pasada la gran revista de tropas en el bosque de Boulogne, un joven polaco se lanzó sobre el carruaje imperial y descargó al Emperador de Rusia un pistoletazo. La pistola, demasiado cargada, saltó.

Ninguno de los dos Emperadores recibieron lesión alguna. La gente quería a todo trance apoderarse del joven polaco, pero la policía se opuso a ello. El Czar fué objeto de una inmensa ovación.

París, 7.—El *Monitor* confirma el atentado que tuvo lugar cerca de la cascada del bosque de Boulogne. Ninguna persona quedó herida. El asesino declaró nombrarse Besevonski, nativo de Wolhynia.

Roma, 6.—El *Diario de Roma* desmiente la noticia de la aparición del cólera en el Estado pontificio.

Florenia, 6.—Las comisiones de la Cámara parecen estar dispuestas a no aceptar la ley de liquidación del patrimonio eclesiástico sino con ciertas modificaciones.

París, 7.—El *Monitor* de hoy da cuenta del atentado contra el Czar.

El asesino ha declarado llamarse Besevonsky y ser natural de la Wolhynia.

La bala dió en la cabeza del caballo que montaba el caballerizo de servicio en una de las portezuelas del coche del Emperador.

La pistola al reventar llevó tres dedos al asesino e hirió gravemente a una mujer que estaba a su lado.

Besevonski tiene 20 años y trabajaba de obrero en casa del Sr. Gouin, ingeniero mecánico que vive en la calle de Lamartine.

Hé aquí el texto literal del ukase de amnistía expedido por el Czar de Rusia:

«1.º Quedan anulados todos los procedimientos políticos relativos a la última insurrección y a los desórdenes que esta produjo y que no estén terminados, tanto en los tribunales como en las comisiones de indagación, y los procesados serán puestos en libertad, si no han cometido crímenes ordinarios, como muerte, incendio, etc.

2.º No se abrirán nuevos procesos por el hecho de haber tomado parte en la insurrección, ni serán perseguidas las personas sospechosas del mismo delito.

3.º Las personas naturales del reino de Polonia y enviadas a consecuencia de los últimos trastornos políticos a diferentes puntos de Rusia, por me-

didias administrativas, pueden volver a su país si las autoridades locales creen que han observado una conducta satisfactoria. Esta medida no es extensiva a los eclesiásticos, los cuales ya no podrán volver sin una orden especial del lugar-teniente del Emperador de Polonia.

4.º Se permite igualmente volver a Polonia a las personas naturales de los Gobiernos del Oeste, y que fueron separadas de sus domicilios por medidas gubernativas, siempre que las autoridades locales certifiquen que han observado buena conducta y declaren expresamente los intereses que quieren establecerse en el reino de Polonia. Exceptuándose los eclesiásticos, los cuales necesitarán para entrar en Polonia una orden especial del lugar-teniente del Emperador.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 8 DE JUNIO DE 1867.

LAS ÓRDENES MONÁSTICAS

Y EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

«Quiero transmitir a España la buena noticia que es necesario que sepa, de que ya no se rien sus diputados porque se canten las glorias de la Iglesia católica;» así terminaba el notable discurso improvisado anteayer por el Sr. Nocedal en el Congreso de los diputados. A pesar de que no nos extrañan los insultos, las burlas y las risas de nuestros adversarios, porque ya la costumbre nos ha hecho casi insensibles a este género de ataques, al recordar, por las palabras del Sr. Nocedal, que ha habido otros Congresos en donde los que se jactaban con el título de representantes de la católica España, oían con risa y chacota la expresión de los religiosos sentimientos de un hidalgo pecho, no pudimos contener un movimiento de indignación, convertido bien pronto en un arrebatado de vergüenza. Comprendemos la enemistad, el odio de ciertas gentes hacia las órdenes monásticas; comprendemos que su sólo nombre les exaspera, que la idea de su restauración les irrita y les haga lanzar mil diatribas contra las cugulas y los hábitos. La impiedad franca y desatinada, Satanás odiando siempre cuanto se relaciona con el Salvador del mundo, se comprende sin asombro, porque el odio de Satanás es antiguo e incurable. Lo difícil de comprender, por más a veces que estemos a ver maravillas en esta época portentosa, es que miembros de la Iglesia católica que no se atreven a separarse públicamente de su santo cuerpo, que, por el contrario aceptan el dictado de católicos, oigan con la risa en los labios y el desprecio en el corazón ensalzar las instituciones monásticas, a quienes Europa debe su civilización y su cultura y a quienes debiera, sin duda ninguna, su restauración. Por eso no es posible dirigir una acusación mas grave a los anteriores Congresos que la dirigida por el Sr. Nocedal con esta frase: «de muchos años a esta parte es el único Congreso en que se ha hablado de estas cosas sin que serían los circunstancias.» Vergüenza nos da, a fuer de buenos españoles, recordar hechos semejantes que tan alto pregonan nuestra falta de religiosidad y hasta de buena educación.

El actual Congreso no se ha reído al oír defender el restablecimiento de los institutos religiosos; ha escuchado con atención las palabras de los ilustres oradores que se han encargado de tan honrosa defensa, y esto lo consignamos con gusto porque dice mucho en pró de los miembros del actual Parlamento y no dice menos en pró de los defensores de los institutos monásticos. Dos razones encontramos para explicar esta inusitada formalidad del Congreso en esta cuestión: primera, la innegable reacción que se viene obrando en las ideas de pocos años a esta parte; segunda, la elocuencia de los que defendieron anteayer las órdenes religiosas.

Que existe aquella reacción nadie lo pone en duda, ni aun los mismos que tienen grande interés en mostrar los llamados progresos de la inteligencia humana como frutos de la incredulidad y del filosofismo. Cuando se inauguró la era liberal en España y la juventud ofuscada por el falso brillo de las nuevas ideas siguió la corriente del pernicioso río que, naciendo en Francia, iba a desaguar en el estrecho de Hércules, sólo el nombre de católico causaba la hilaridad general, y era objeto de burla y escarnio por los que se apellidaban hijos ilustres del siglo de la luz. Conforme los tiempos variaban y los desengaños se sucedían, las ideas iban tomando un sesgo muy distinto; los hombres pensadores y de buena fe conocieron bien pronto que habían sido presa del vértigo general; despejaron un poco su cabeza aspirando una atmósfera más tranquila y más suave, diéronse cuenta exacta del abismo de aberraciones y locuras en que se habían sumido los ánimos menos ardientes, y comenzaron a retroceder en el cami-

no fatal por donde su inexperiencia y su irreflexión los llevaban. Desde entonces acá, nuestro progreso ha sido visible; el número de los hombres de recto juicio y de espíritu profundamente católico o anti-liberal se ha aumentado considerablemente. Las risas de los *esprits forts* que se burlaban de todo lo más santo y digno de respeto, se han ido extinguiendo en sus labios. Ya se escucha con seriedad y atención al hombre que lleno de entusiasmo y de fe se hace intérprete de los sentimientos católicos del pueblo español. Ya no se dice, al oír hablar en pró de los conventos, *riamos*; se dice: *pongámonos*.

Demás de esto, cuando una persona tan respetable y tan instruida como el Sr. Cláros se levanta a apostrofar a los diputados con estas palabras: «En vista de lo que sucedió ayer, sustituyo al tono del abogado suplicante el del tribuno imprecador, y os digo a vosotros, señores diputados: apresuraos a traer las órdenes religiosas para que preparen una generación que no traiga a la discusión los escándalos sociales que habeis visto traer aquí;» y luego volviéndose a los ministros: «Suspended las misiones a los negros de las Antillas, porque aquí es más necesaria su predicación, no ya para los demócratas y los progresistas, sino para el liberalismo aristocrático y galoneado, y al cual es menester predicar las nociones más vulgares de la legalidad, de la moralidad y de la decencia;» cuando una persona, decimos, como el Sr. Cláros se levanta a pronunciar estas frases terribles, no es cosa de tomarlo a risa y a burla. Los hechos daban la razón al Sr. Cláros, y ante la gravedad de los hechos no hay hombre que se atreva a sonreírse ni aun a levantar los hombros con desden.

Pero no es solo esto. El señor marqués de Pidal, un tanto maledico quizá por añejas preocupaciones ó por lecturas nada provechosas, habló en su discurso, digno por otra parte de alabanza y encomio, de los excesos cometidos por las órdenes religiosas en el siglo XVIII. Noblemente indignado el Sr. Nocedal contra las calumnias revolucionarias de que, sin querer, se hacía eco el señor marqués de Pidal, levantóse a pronunciar uno de los más bellos discursos que han salido de sus labios movidos por el entusiasmo y el calor de la fe. ¿Cómo reirse el Congreso al escuchar las ardientes palabras del Sr. Nocedal que llegaban al corazón del auditorio, compuesto de españoles educados en la santa religión de nuestros padres? El Sr. Nocedal no iba dispuesto a pronunciar un discurso, y hé aquí por qué debía producir aun más efecto su palabra. Dejéase llevar del nobilísimo impulso de sus elevados sentimientos, y no fué preciso más para cautivar el ánimo de los que le oían y para improvisar una oración que no es solamente modelo de elocuencia, como todas las suyas, sino también modelo de entusiasmo patriótico y religioso.

«¡Mal pecado! exclamaba el patriotismo por boca del Sr. Nocedal; los españoles tenemos la costumbre de ir a aprender y estudiar nuestras cosas en los libros que de mala fe escriben los extranjeros para desacreditarnos.» Y en seguida de esto, el Sr. Nocedal vindicaba admirablemente la memoria del más grande de nuestros Reyes, de Felipe II, «gloria de España, terror de los protestantes, brazo firmísimo de la cristiandad,» como dijo el insigne orador.

«¡Hay cándidos católicos, exclamaba luego la fe católica por boca del Sr. Nocedal, que van a aprender lo que eran las órdenes religiosas por lo que dijeron de ellas los autores del filosofismo francés, padre del actual filosofismo alemán. hijos ambos de la reforma que abortó el infierno en el siglo XVII.» Y más adelante: «¡Oh! si en el siglo XVI un fraile apostata no hubiera venido en son de reforma a establecer el libre examen, ¿dónde estaría hoy la civilización del mundo? Tocando casi en el cielo. Quien lo ha parado, quien lo ha detenido, quien no ha dejado seguir su majestuoso camino a la Iglesia católica, guiada por los Pontífices romanos, ha sido ese fraile apostata, la protesta rebelde, el libre examen; ha sido el liberalismo.»

Creálo el Sr. Nocedal, cuando esto lo dice un hombre de talento informado en el espíritu católico, nadie puede reirse por frívolo y ligero que sea; la frivolidad no resiste al fuego del entusiasmo; y ¡desdichado quien sienta frío su corazón al oír tan hermosas palabras! El Congreso escuchó con interés y con gravedad a los oradores: esto le honra, y nos alegramos por los miembros que le componen. Hacer lo contrario hubiera sido dar muestras de intolerancia y de ligereza; hubiera sido algo más; hubiera sido dar muestras de estupidez.

Reciba, pues, el Sr. Nocedal nuestra cordial felicitación; recíbalala también el Sr. Cláros. Cuando vemos emplear el talento y la elocuencia en tan nobles empresas, sentimos una satisfacción indecible, y sentimos sobre todo redo-

blarse nuestras fuerzas, encenderse nuestro entusiasmo y llenarse de dulces esperanzas nuestro corazón. De modo que no solamente enviamos nuestro parabién a aquellos ilustres oradores, sino nuestra gratitud y nuestro cariño.

VALENTÍN GÓMEZ.

Al escribir el artículo anterior no conocíamos el discurso del Sr. Cláros, sino por el extracto; hasta hoy a las once del día no hemos podido proporcionárnoslo íntegro, y esto, haciendo un grande esfuerzo en favor de nuestros suscritores.

Ayer pudimos adquirir el discurso del señor Nocedal, como más breve, é insertarlo en las columnas de EL PENSAMIENTO, tal como lo pronunció aquel señor diputado.

En la sesión de ayer hablaron los señores Fernandez de Velasco y Diaz Caneja sobre la reforma del reglamento. Ambos discursos están informados de un excelente espíritu, por lo cual nuestros lectores los verán con gusto en las columnas de nuestro periódico. El Sr. Diaz Caneja pronunció breves pero contundentes palabras contra el liberalismo.

Vemos con gusto la actividad que despliegan en el Congreso los diputados anti-liberales.

Hemos visto en *La Regeneración* una carta del Sr. Carbonero y Sol, director del excelente periódico *La Cruz*, de Sevilla, en la cual carta se expone un proyecto de asociación para contener la propagación de los libros y papeles nocivos, y fomentar la de los útiles y provechosos.

La falta de espacio nos impide insertar la carta y el proyecto al que nos adherimos de todo corazón.

El *Imparcial* a pesar de no querer pasar plaza de enemigo del Clero, tiene anoche el mal gusto de insertar una gaceta que podría haber firmado el mismo Voltaire.

Porque lo atribuimos a mero descuido ó a falta de sentido religioso a lo sumo, nos limitamos a llamar la atención del *Imparcial* sobre ese desdichado suelto indigno de aparecer en un periódico que aspire a respetar, como merece serlo aun humanamente considerada, la grande institución de la Iglesia.

La Reforma primero y *El Diario Español* después, dirigiéndose a nosotros, aseguran que «el reino de Italia continúa y continuará firme, y contando con todas las simpatías de las mas poderosas naciones del mundo, como asimismo con las de todos los españoles, a excepción de los seis diputados *protestantes*, y tal cual otro asiduo lector del PENSAMIENTO ESPAÑOL y de nuestros compañeros de opiniones en la prensa.»

Una excepción echamos de menos en la corta enumeración que hacen aquellos diarios liberales. El reino que se llama de Italia no cuenta aun con las simpatías de la justicia. No estamos, pues, mal acompañados ni tan solos como se les figura al *Diario Español* y a *La Reforma*.

«¡Cuanto mayor fuera, exclama *El Español*, que los diputados neo-católicos se dedicaran a escribir sobre este asunto, (las órdenes religiosas) un libro que dispase los errores que, al decir de ellos, han divulgado entre nosotros los filósofos extranjeros!»

Nos parece excelente el consejo del diario moderado. Por eso no alcanzamos los motivos que tenga para no darlo sin distinción de materias a todas las fracciones del Congreso.

«Si nosotros no estuviéramos firmemente convencidos de que los frailes se fueron para no volver más, habríamos terciado con seriedad en la polémica sostenida en estos últimos días a propósito de la restauración de las órdenes monásticas.»

Esto escribe *La Reforma*, y sin embargo de que esto escribe, apenas escribe hoy otra cosa que de los frailes y contra los frailes.

«Viajando por España el célebre escritor (racionalista por más señas) Edgard Quinet, al ver la multitud de monasterios derruidos que existen en todas nuestras provincias, dijo: «Creo que la revolución española está ya hecha.»—¿Por qué? le preguntaron: «Porque habiendo destruido los nidos, no volverán los pájaros.»

Esta anécdota, capaz de sonrojar a todo el que se precie siquiera de amante de las grandes obras artísticas y glorias de su país, hace hoy las delicias de *La Reforma*. Mayor alegría que *La Reforma* debieron sin embargo experimentar los que se hicieron poseedores de esos nidos por unos cuantos pliegos de papel. Para estos sí que la revolución quedó hecha desde entonces. De pobres miserables tornáronse de repente en ricos propietarios, y arrastraron coche y hasta llegaron a ser títulos de Castilla. Tal es, entre otros, el fruto que el país sacó del despojo de los bienes eclesiásticos.

DISCURSO DEL SR. CLAROS

EN FAVOR

DE LAS ÓRDENES MONÁSTICAS.

El Sr. CLAROS: Señores diputados: Con razón decía el más simpático de los doctores católicos: «ama y haz lo que quieras.» ¡Cuán dulces, hermosos y seguros son los caminos de la caridad!

Esta cuestión debía haber sido tratada ayer. Convinimos de ello el señor ministro de Gracia y Justicia y yo, interpusimos el Sr. Estéban Colantes y pidió la prioridad al señor ministro, que la otorgó benévolo, sin más limitación que la que crea imponerle el compromiso contraído conmigo. Con la misma benevolencia que el señor ministro me prestó yo, habria podido dudar un momento tratándose de un compañero que litigaba ante el Congreso la vindicación de la honra!

Y bien, señores: se ha verificado una vez más la retribución divina del centuplo. Por esa mínima ofrenda que yo concedí gustosísimo a la caridad, bajo la forma afectuosa del compañerismo, yo me he encontrado con un exordio cien veces mejor de lo que hubiera podido ofrecerse la más esquisita investigación literaria. El exordio es el recuerdo de la sesión de ayer. Todos sabéis, según el gran precepto del retórico latino las cualidades del exordio; hacer á los oyentes dóciles, benévolo, atento. Estoy seguro, señores, que después de la sesión de ayer necesitáis un refrigerante para vuestras sienes abrasadas, y un calmante para vuestro estómago revuelto. Yo vengo á ofrecerlos el uno y el otro empapados en las vivas y frescas aguas del sentimiento religioso. Me parece que puedo contar con vuestra docilidad, vuestra benevolencia y vuestra atención.

Os declaro con mi acostumbrada ingenuidad, que al presentar aquí como el abogado de las órdenes religiosas en general, y como el abogado en particular de la más humilde de entre todas, era mi intención iniciar mi discurso con el acento de la más profunda humildad. Pero en vista del espectáculo de ayer, irgo la frente, cambio el tono del abogado suplicante en el del tribuno increpador, y os digo á vosotros señores diputados: «apreñados á restaurar las comunidades religiosas para que preparen una generación cuyas discusiones no tengan por objeto los escándalos sociales que oímos referir aquí ayer.» Y digo también, volviéndome á los señores ministros, y más en particular al del despacho de Ultramar: la caridad bien ordenada empieza por nosotros mismos; interin vienen esas nuevas comunidades, aprovechad los restos de las antiguas; suspended el envío de los misioneros que enviamos á los tagales de las Filipinas, y á los negros de nuestras Antillas; aquí tienen que hacer mucho más que allá necesitan predicar: no ya á los progresistas y demócratas (¿quién habla de eso?) sino á los partidos medios, á la flor y nata del liberalismo, al liberalismo aristocrático y galoneado, las nociones primordiales de la moralidad y la decencia.

Perdonadme, señores, este arranque de indignación. Haced cuenta que no os he dicho nada. Voy á pronunciar mi discurso con toda la severidad y la templanza que á la causa conviene, y que yo siempre propuse darle.

La cuestión que vamos á tratar, señores diputados, es, ya lo sabéis, la de la restauración de las órdenes religiosas. Es preciso llamar á las cosas por sus nombres, sobre todo cuando las cosas tienen nombres tan santos.

Esta cuestión estaría bien en boca de todos vosotros, señores diputados. Veo con indubitable satisfacción en este Congreso lo que yo llamaré, para no ofender á ningún otro, la superabundancia del sentimiento católico. ¿Por qué soy yo el que la inicia? Permittedme daros al propósito algunas razones, que justifiquen mi derecho precedente, ya que no prefereis.

El expediente que me habéis visto pedir, y el cual motiva esta interposición, es una exposición del venerable Obispo de Pamplona, en la cual pide á S. M. se sirva conceder su real gracia para la admisión de novicios en la casa de misioneros franciscanos de Olite, subsistente aun con el carácter de Sacerdotes venerables, para que dichos novicios, *visitando su santo hábito*, y al lado de los ancianos que aun subsisten, faciliten la esperanza de que pueda contar en breve aquel Prelado con los auxiliares, de que ha tanto menester, para el desahogado régimen de las almas.

Ya lo veis, señores diputados. El que pide es el Obispo de Pamplona: á los diputados de Navarra toca ser los ojos de su santa pretensión. El llevar yo la palabra es una distinción debida á la benevolencia de mis dignos compañeros.

Pudiera quizás añadir otra razón más: la especialidad de mi posición en armonía con la especialidad del asunto. Si alguna cuestión debe presentarse aquí lejana de todo principio de oposición, más aún, de toda mira ó aspiración política, es cabalmente la que vamos á tratar. Nombrado yo diputado por dos provincias, de tendencias é intereses hasta cierto punto distintos, en la una con el desden, en la otra con la contradicción del ministerio, estoy en ambas sin carácter de agrupación política, pero naturalmente fuera de las condiciones ordinarias de la oposición, y en circunstancias especiales de imparcialidad é independencia.

Sirva esto para disipar toda prevención respecto á mis intenciones. Me propongo probaros, señores, que esta gran cuestión está en completa armonía con los grandes intereses sociales, y con las cuestiones particulares políticas, sin que en nada vulnere vuestras afecciones ó compromisos parlamentarios, que yo respeto.

Pero antes sobre todo, que no soy yo quien la traigo. Tiene su principio en la ley, y su progreso en la proclamación de su cumplimiento por un respetabilísimo Prelado. Fundado en el art. 20 del concordato vigente, el cual consigna en principio que se establezcan donde sea necesario casas de una de las órdenes religiosas aprobadas por la Santa Sede, pide una de franciscanos que existe, que no ha dejado de existir. Quiere solamente su continuación, y para tener la seguridad de esta continuación indefinida, la admisión de novicios, y que estos vistan su *santo hábito*.

Admirad, señores, las escencialidades de este siglo, que se llama eminentemente racional é ilustrado. La gran cuestión que vamos á debatir en medio de su grandeza, casi puede decirse que está reducida á un traje, á un hábito. Porque las órdenes religiosas las tenemos; y viven y funcionan á la vista de todos y el Gobierno las conoce oficialmente. Lo que no se les permite es el hábito; ¡oh inconsecuencia pueril!

Puerilidad é inconsecuencia que se reproducen, no obstante, con sorprendente identidad en todos los lugares y en todos los tiempos. ¿Queréis un ejemplo parecido? Pues vedlo en el pueblo romano; César, con la fuerza del genio y la ayuda de la fortuna, logra imponer la realidad de la soberanía á aquel gran pueblo. Un día tiene la pretensión de que una corona de laurel la simbolice; y las hojas de aquella corona le cuestan 36 puñaladas y la vida. Los revolucionarios del siglo XIX, son tan niños como los republicanos del siglo antepasado. La religión al parecer no les importa: lo que les importa es un hábito.

Quizás nos falte alguna razón. La Iglesia católica, en su magnífica unidad, envuelve á la vez el fondo y la forma. Combatiendo esta, se combate aquel. Yo os digo de todas las órdenes religiosas lo que decía aquel general de los jesuitas, cuando le hablaban de reformas en las cosas de su perfectísima orden: *Aut sint, ut sunt; aut non sint*. Si las órdenes religiosas no son buenas, lanzadas de vuestro suelo. Pero si lo son, si os las hacen reconocer y aceptar como buenas, á pesar de las preocupaciones anti-cristianas contemporáneas, el cla-

mor de vuestros hijos, la porfía de vuestras esposas, el grito de vuestras consajas, y el vacío de vuestra enseñanza, que no podéis llenar con toda la bala de vuestros procedimientos pedagógicos, entonces, admitidas tales como son y como ellas quieren ser.

La razón, el simple buen sentido, está diciendo á todos los gobernantes de esta nación, por excelencia católica: no consintáis que esta sea una denominación sarcástica. Si sois católicos, amad la flor más esquisita y el fruto más sazonado del Catolicismo: la vida religiosa. Y si no sois católicos, pero sois siquiera sensatos, toleradlos, respetadlos como sus adversarios las toleran y respetan. Sobre todo, no llevéis á tal punto la irracionalidad, que conviniendo en la excelencia del fruto, rechazéis puerilmente la corteza que le cubre y le defiende. No consintáis que el hábito religioso, objeto de veneración, de benevolencia, de respeto y consideración al menos, en la incrédula Francia, la cismática Inglaterra, la excepción Alemania y la cismática Rusia; de tolerancia para los que deben mirarla con odio especial; los vencidos por vuestros padres en Lepanto; sea en la tierra clásica de la fe cristiana ocasión de honor pueril, motivo de poca repulsió y objeto de proscripción impía.

Señores: cuando la España se pone fuera del sentimiento religioso, la Providencia la pone fuera del sentido común. Acabáis de ver un ejemplo. Quiero que sean dos. La Providencia ordenó que la iniquidad se desmintiese así misma. Dejó al oleaje revolucionario destruir vuestros Próceres, revolver todas vuestras instituciones; y hasta poseerlas se amenazador del alcázar de vuestros Reyes. Pero al llegar á los conventos de vuestras religiosas, dijo á las olas: «de aquí no pasaréis.» y esas ondas y débiles criaturas fueron límite al oleaje revolucionario, como lo son las blandas arenas para el mar. Admiradme, señores, el dedo de Dios que está aquí.

Pero admiradme también la estolidez de nuestra escuela revolucionaria. Su infamia ha llegado entre nosotros hasta establecer como ley del Estado, que la fortaleza del heroísmo cristiano, es privilegio exclusivo de la flaca mujer. Muy agradecidos deben estar á estos legisladores las mujeres; aunque en realidad no les han hecho respecto á nosotros más que justicia. La verdad, ¡triste verdad! es que en este país las mujeres valen más que los hombres.

Señores: estas cosas no se discuten. Se ejecutan en medio de las orgías revolucionarias. Pasado el vértigo, los proponentes de un principio tan anticatólico y tan irracional deben ser enviados á Leganés ó á Zaragoza con la patente de su invención absurda.

Os declaro, señores, que siempre que yo hago la crítica de la evolución impía y revolucionaria en España, no es tanto mi corazón de católico el que sufre, sino mi corazón español. La manifestación del principio revolucionario en Francia es horrible, pero grande. El asalto de la Iglesia tiene allí las condiciones de un gran crimen. Se despoja la casa, se asesina al hombre, se asesina y se ultraja á la mujer. Entre nosotros el gran crimen se convierte pura y simplemente en una ratonera. Se toma lo que hay, se desuena y se pone al hombre boca abajo, y á la mujer, que no inspira culto, se la deja arreglar tranquilamente los trastos que han quedado en la casa. Lo primero es satánico, pero con grandeza; lo segundo es puramente ruin.

Apartemos, señores, nuestros ojos justamente indignados de una y otra escena, y saquemos de ambas una misma enseñanza. En aquellos horrores, ni estas ruindades impedirán la ominosa reacción: es decir, la gloriosa restauración de lo que no puede morir, sino cuando muera el Catolicismo. Jamás.

Volved los ojos á esa misma Francia, y vereis el aborrecido hábito religioso reaparecer en el apogeo de su gloria con el domicilio Lacordaire, primero en las misiones asiáticas, y después en la profanada catedral de París, ante los sabios y los grandes y los príncipes de aquella nación por excelencia revolucionaria: estended la vista á todo aquel grande imperio, y vereis más infiltrada que nunca en sus arterias la impulsión de la sangre vivificadora del principio monástico.

Es que eso no puede menos de ser así. La vida religiosa no es más que la manifestación superior, la sublimación de la vida cristiana. Yo tengo en esta ocasión el deber de probarlo, y vosotros creo que tendréis la bondad de oírlo. Algunas consideraciones filosóficas é históricas, unidas á otras con carácter peculiar de oportunidad, evitando el terreno puramente teológico, que no es el nuestro, bastan al propósito.

Examinemos primero, señores, siquiera sea brevemente, el espíritu del cristianismo y de la vida religiosa en sí mismos.

La gran misión del hombre sobre la tierra es evidentemente la transformación del mal; y la negación de este por medio de la mortificación de las pasiones, el camino más directo para el bien.

Juan Jacobo Rousseau, que tenía la desgracia de negar el Cristianismo, después de haberlo comprendido, á veces admirablemente, decía con razón que las virtudes más sublimes eran negativas. «No hay hombre, añadía, que no haya hecho alguna vez algún bien; pero ¿dónde está el hombre que puede jactarse de no haber hecho á los demás ninguna vez ningún mal? Pues bien, señores; la vida religiosa es realmente la negación del mal, llevada á las condiciones más absolutas y sublimes. La hidra del mal, según la doctrina del dogma cristiano, tiene tres gargantas: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. La vida monástica pone tres dogales á esas tres gargantas, con las virtudes de la castidad, de la pobreza y de la obediencia.

Esas tres negaciones, en sí mismas tan heroicas, adquieren el carácter de una sublime abnegación por la perpetuidad de los votos monásticos. Esto es dar á la pobre humanidad la identidad magnífica de la Divinidad, tal como la misera humanidad puede llevarla.

Pero prescindiendo de la bondad y belleza moral de ese estado bajo el aspecto religioso, yo os pregunto: ¿No os parecen oportunos esos ejemplos brillantes de la dedicación omnínima y la fidelidad constante en unos tiempos, en que habéis visto tantos y tan escandalosos ejemplos de inconsecuencia, de deslealtad, de apostasía y de deserciones políticas?

Recordad á este propósito lo que os decía ayer el distinguido orador que se sienta aquí, detrás de mí. Después de trazar vicisitudes, el cuadro de las evoluciones y cambios que han hecho en estos últimos trece años los hombres, añadía con un acento de espasmo particular. ¿Quién sabe en qué días estaréis vosotros dentro de trece años, señores diputados? Pues bien, señores: vosotros estaréis en el puesto que tengáis por conveniente; pero esos hombres, cuya calorosa apología estoy formando, exhalarán todos el último suspiro bajo la bandera á la cual juraron eternamente fidelidad.

Tiene la primera de las virtudes monásticas relación con el orden moral de la familia que con el político de la sociedad. Decidme, sin embargo, señores: ¿creéis que la predicación y los ejemplos de esta virtud no son necesarios en estas sociedades modernas, que empiezan á temer el día en que sus grandes centros de población vean igualados ó en mayoría con los hijos legítimos los hijos ilegítimos? Prescindiendo de la ingominia de semejante beatería moral, ¿no os agosta como legisladores la perturbación que debe producir en el asiento de la sociedad este hecho trastornado?

Pero vengamos á la consideración de otra virtud monástica que tiene infinitas más relaciones con el movimiento social, independientemente de su valor ascético.

Permittedme primero haceros observar que el venerable Prelado de Pamplona, al pedir al Gobierno los franciscanos para Olite, advierte discreti-

amente que no solicita ayuda ninguna del Gobierno, y que ellos se mantendrán por sí mismos. Estos con las manos en la masa para la confección de vuestros presupuestos. Calculad los empleados que os sobran y los recursos que os faltan para mantener á los que os quedan. Traed á la memoria las obligaciones de los templos que se arruinan, y á los cuales tenéis precisamente que atender; las demás obligaciones del culto, á las cuales atendeis insuficiente, ó á lo menos parcalemente, y decidme con la mano puesta sobre el corazón, si no debéis bendecir esa santa pobreza, la cual os envía operarios, que ni para sí ni para sus templos os pedirán otra cosa sino que no os acordéis ni de unos ni de otros.

Pero examinad los efectos de la pobreza cristiana en otro orden mucho más elevado.

Muchos deis para asustaros, señores diputados, de la cuestión económica como cuestión realista; pero asustados más de ella como cuestión de economía general. ¿Sabéis cuál es, en mi entender, el fondo de esta grave cuestión? Pues es, pura y simplemente el horror á la pobreza aumentado con el horror al trabajo. Es que nadie quiere ser pobre aunque lo sea; que todos los particulares quieren gastar lo que no tienen en su casa, y todos los gobernantes lo que no tiene en su casa la nación. Y como todos quieren ser á toda costa ricos (lo cual ya no es bueno), y lo quieren así trabajar (lo cual es malísimo), es preciso que vengán esas turbas de regulares y vagabundos que buscan empleos intriguando en los pasillos ó desperdizando en la prensa, ó conspirando en los clubs, y de militares que buscan grados y posiciones pronunciándose, y de sacerdotes que buscan promociones vendiendo, como Judas, por 30 duros ó 50 ozaas, la sangre de sus oídos, y de ex-presbiterios que quieren pillaje, y de perdidas que les acompañan, como las hemos visto aquí el día 22 de Junio, con la cesta al brazo para sacar su dividiendo.

Y si queréis todavía ver agrandarse este mal, bajad al fondo de la sociedad, recordad toda su superficialidad, y lo encontrareis enroscado en ella como una serpiente monstruosa, con el nombre horrible de socialismo. Es natural que así suceda, señores. Se ha hecho descender de su altar la santa pobreza de vuestra religión, santa, divinizada por su divino autor; y se ha puesto en su lugar el becerro de oro. Pues no extrañéis que todos vengán á rendirle culto. ¿Queréis hacer algo para remediar esos males? Pues retrograded, es decir, volved al progreso verdadero, al progreso cristiano. Traed los misioneros de la santa pobreza para que la hagan adorar simultáneamente del rico y del pobre, haciéndola respetar al primero y amar al segundo en el sentimiento común de su cristiana dignidad.

Grandes son los milagros, señores, que produce en las sociedades el gran principio cristiano de la pobreza; pero mucho más yores aun son los que produce la obediencia. En ella encontrareis el secreto de la familia, el secreto de la sociedad, el secreto de la Iglesia católica y el secreto particular de la vida monástica.

En el está todo el misterio admirable del orden, el cual no es otra cosa sino la coloración de la familia y de la sociedad por la reflexión de la luz de la autoridad sobre las dóciles superficies de la obediencia.

Estudiad las familias y las sociedades, y vereis que unas y otras son tanto más dignas de estimación, y llegan á un grado mayor de perfección y de gloria, según que explican más inteligente, y más profundamente ese principio.

Si queréis verlo en toda su majestuosa plenitud, buscado donde brilla con más esplendor y con más pureza: en el seno de la Iglesia católica. Comparad esas juntas, esas asociaciones, esos parlamentos donde nadie se entiende, ó nadie nos entendemos, con esos augustos concilios católicos, donde habéis visto reunirse, y volvereis pronto, Dios mediante, á ver reunidos quinientos ó mil varones, notables por su jerarquía, por su ciencia, por su ilustración y sus virtudes, por la aureola de respeto con que los rodea la veneración del pueblo: influidos, en fin, por todo lo que al parecer pudiera producir el desvanecimiento, y que, sin embargo, aparecen unidos en un sentimiento y aspiración común con la blanda docilidad de los niños, ó más bien dicho, con la inefable fraternidad de los ángeles.

Y bien, señores; si queréis que se arraigue y propague ese principio, bien necesario ciertamente en esta tierra tan miserablemente dislocada, traed á ella la vida monástica, que es la que mejor lo entiende y representa. Así como los colores son más brillantes según son más tersas las superficies que reflejan la luz, así las órdenes religiosas hacen aparecer con más espléndida nitidez el espíritu del Cristianismo; porque pulimentadas con la lima de la abnegación todas las desigualdades de la concupiscencia humana, devuelven más espléndida y más pura la luz proyectada sobre esas almas desde el cielo.

¿Lo dudáis, señores? Pues seguidme un momento, y vereis al espíritu monástico, usando yo en este momento un lenguaje en armonía con sus sublimes cantos, poner su tienda delante de la humanidad en el sol del Catolicismo; y levantándose con la gallardía del esposo feliz que deja su talamo, recorrer con un gigante el cielo de la historia, no habiendo ni meridiano de tiempo, ni paralelo de lugar, que no reciban las benéficas influencias de su calor y su luz; ni lengua, ni idioma, que no escuchan el acento de su voz. Lo haré ligeramente, no presentándoos la estadística inmensa de ese movimiento celeste, sino señalándolo solamente con líneas gráficas, como suelen hacerlo en sus planos los físicos ó los astrónomos. Al aparecer ese sol en el frente de la sociedad, lo que primero se ve es el carácter de oposición. No se presentan con el carácter de oposición. No son únicamente la protesta solemne de la virtud más heroica contra la relajación más repugnante; son también el verdadero y único tribunal de la libertad por excelencia, de la libertad moral contra el despotismo más corrompido de que quizás hay memoria.

Como la acción y la reacción es menester que sean correlativas; así como los ejemplos de corrupción eran horribles, los de austeridad tuvieron que ser espantosos. Muchos se han escandalizado. Quizá alguno de vosotros tiene el escándalo latente en su espíritu, y me pregunta dentro de sí mismo en voz baja: ¿Qué utilidad traían los estigmas? Pues yo pregunto: ¿Qué utilidad traen los obispos? Si es preciso contestar. Para que sirvan esos grandes pero estériles monumentos de la civilización antigua traídos á tanta costa por las más grandes civilizaciones modernas á la plaza del Vaticano en Roma, y á la plaza de la Concordia en París.

¡Ah! Me diréis: son la manifestación de la fuerza grandiosa de aquella civilización simbolizada tanto más grandemente, cuanto más cierto es el símbolo. El obispo es el emblema del hombre antiguo que tiene ya la conciencia de la fuerza de sí mismo.

Pues el estigma es la realidad, el hombre nuevo que tiene ya la conciencia de la fuerza que le da Dios. El obispo es la representación de la fuerza del hombre sobre la naturaleza. El estigma es la manifestación de la fuerza del hombre sobre el hombre mismo, es decir sobre lo que hay de más grande en el mundo después de Dios.

Seguid, señores, la línea gráfica que os voy trazando, y vereis la fuerza de oposición contra la sociedad antigua convertirse por medio de una de esas sublimes paradojas cuyo secreto sólo tiene el cristianismo, en fuerza protectora de conservación. La civilización fue, es y será siempre, señores, el árbol plantado por Dios en el Paraíso: el árbol de la ciencia del bien y del mal. Acababa de dar una doble y pingüe cosecha, la de la civilización griega y romana. Cuando los árboles dan tan grandes cosechas, bien lo sabéis, sobre todo los que seais como yo agricultores, los árboles quedan es-

quilados. La fibra relajada del árbol de la civilización antigua no podía resistir el hacha de los terribles lenadores que la Providencia enviaba al parecer á destruirlo, en la realidad á podarlo.

Los monjes fueron destinados á esta obra de salvación, y la desempeñaron admirablemente. Sus maces encarnizados enemigos no le han disputado sus inmarcescibles lauros de gloria cuando han presentado á la humanidad la ciencia y el arte como un sagrado depósito recibido de la Providencia para cobijarlo debajo de sus alas, y cuando le han entregado pulimentada y limpia del orin pagánico la brillante cadena de la tradición del pensamiento con todos los eslabones de sus métodos y hasta con los esmaltes estéticos de su ornamentación.

Alas ruinas del bajo imperio sigue la transición de la Edad media, y la vida monástica aparece con todo el carácter de fuerza reconstituyente. Por ella se labra cuanto hay de laudable en aquella sociedad. No hay necesidad que no satisfaga, ni aspiración á la cual no atienda. La ciencia, el arte, lo útil y sobre todo lo bueno, todo es suyo.

Para que haya una gran relajación sobre la filosofía que iguala y aun supera las anteriores, es menester que aparezca un religioso tan notable por sus virtudes como por su ciencia, llamado Santo Tomás. Para que la historia y toda clase de erudición lleguen á proporciones colosales que no pueden ser superadas, se necesita toda una cadena de sabios llamados benedictinos.

Ha de haber un arte nuevo que sobrepuje al antiguo, no solamente por su espiritualismo estético, sino por la pureza de un sentimiento moral.

Pero se levantará otro religioso que se llame Guido Arellino, y dando, como los dioses de Homero, uno de esos paños que salvan dos ó tres mil años, hará el análisis de la escala diatónica; igualará en ingenio, ya que no en utilidad, al sacerdote egipcio, ó al hebreo, ó al comerciante fenicio, que logró sacar de entre las nieblas de los jeroglíficos el alfabeto fonético, y con él la condensación de luz eléctrica intelectual, mayor que se ha presentado á la humanidad después de la luz primitiva de la palabra; y merced á esa gloriosísima parodia, la más bella y espiritual de las artes, la música, tornará un vuelo celestial, que no pudo ni aun sospechar el mundo antiguo. Y á seguida vendrán otros ciento cuyos nombres yacen escondidos en los sepulcros de las abadías; y arquitectura, y escultura, y pintura, se presentarán con caracteres de verdad, de belleza y de bondad, que no alcanzan jamás en las antiguas civilizaciones.

¿Queréis ver despuntar el sentimiento de lo útil y la anulación de la reforma de la agricultura y de las actuales granjas experimentales? Pues os las presentarán las abadías y las trappas, y quizás no tengáis de veras aquellos establecimientos en España hasta que ellos quieran tomarlos á su cargo y vosotros entregárselos.

¿Queréis levantaros mucho más, y ver una infinidad de nuevas y santas industrias de que no tenía noticia el mundo, la industria de la caridad, recordando al exposito, acogiendo al huérfano, al desvalido y al anciano, socorriendo al enfermo, redimiendo al cautivo, imprimiendo la luz de la inteligencia en el niño y la vida de la fe en el ignorante, y haciendo revivir con el calor de la caridad la yerba prevaricación? Pues volved los ojos al cielo de la historia: contad las innumerables estrellas de diversas magnitudes que le pueblan, y cuando llegéis á una banda luminosa de estrellas innumerables que no podéis contar, y cuya inmensidad embarga vuestra mente y embriaga vuestro corazón, es la vía lactea de la inteligencia y de la virtud, esas son las órdenes monásticas.

Seguid al gigante en su ascensión, y le vereis llegar al cenit esplendente de su gloria. Realizase un catolicismo social, viene la reforma, y la fuerza de oposición, de conservación y de construcción, tiene que ser todo: tiene que ser eminentemente reorganizadora y directiva. Entonces aparece la orden que debe refundir en sí las glorias de todas. Si no la conocéis bien, yo os la haré conocer. Miradla.

Su primacía está marcada por su mismo nombre, porque lleva un nombre superior á todos los nombres. No cabe la menor duda en la filiación de los discípulos y el maestro, porque aquellos son tan aborrecidos como este por el espíritu del mal. Así como lleva un nombre augusto, reproduce también todos los símbolos, y refleja la representación de los misterios que á ese nombre augusto se refieren.

Tuvo la obediencia sobrehumana de Isaac, y la presciencia divina de Moisés.

Vendido por unos mercaderes filosóficos, hizo beber la copa de la sabiduría á todos los faraones, y dispuso á sus hermanos las riquezas del Egipto.

Subió al Gólgota como reo condenado por la justicia; y fué saturado de calumnias y de oprobios; y sufrió una por una todas las agonías del Calvario.

En su muerte se renovaron los prodigios de la muerte del justo. Oscureció el sol de la verdad católica, y las tinieblas de la impiedad se hicieron palpables como las de Egipto. Viuvieron espantosos terremotos y catástrofes políticas, y las clases sociales chocaron entre sí con más dureza que las piedras. Abrióse los sepulcros, y volvieron á aparecer sobre la tierra los dioses Manes. El mundo se convirtió á las fabulas; y el espiritismo insensato ó criminal tuvo sus biblias, sus sacerdotes y sus neófitos, siendo estos, ¡cosa estupenda! las clases que se dicen ilustradas.

Cumplíronse por último las profecías. La orden española de Loyola resucitó, á semejanza de su divino modelo, y apareció á la vez en muchas partes, y hemos visto y reconocido en ella la reflexión de la gracia y la verdad deslustrada que la informa; y el que lo duda de vosotros (cerca la tiene) puede poner la mano sobre su pecho, y sus dedos sobre sus gloriosas ligas, y esperar en Dios que estará con nosotros, mediando la luz de aquel que me la envía, queráis ó no queráis haz de la consumación de los siglos.

Tal es el pasado de las órdenes religiosas en el movimiento general de la historia. ¿Será preciso que trace yo el particular entre nosotros? ¿Queréis que siga esa otra línea gráfica, contorneando toda la estructura de vuestra sociedad, hasta delineando con sus cruces rojas y verdes vuestros campamentos y siendo, no ya el principal, sino casi puede decirse, el único agente de vuestros establecimientos coloniales?

¡Ah, señores! Si queréis tener de veras el pormenor de esa crónica de modo que veáis vuestro entendimiento, seguid una á una las páginas de vuestra historia. Si queréis conocerlo de un modo que conmueva vuestro corazón, estudiadlo en sus imponentes ruinas.

Empezad entonces por su primera etapa. Vislad vuestro romanesco monasterio de San Pedro de Cardena. No preguntéis por los huesos del Cid. El ilustrado patriotismo liberal contemporáneo los ha relegado, como si fueran un expediente sobroso, al rincón de un archivo municipal. Pero vuestra imaginación verá archar por aquellos claustros desiertos su ilustre sombra, y aun os parecerá verla postrarse reverente ante las catacumbas de los primitivos monjes de Karadigna, mártires ilustres, hecatombe terrible de la invasión sarracénica.

Al tocar allí las columnas del siglo IV, empotradas en las paredes de la fábrica de la edad media; al ver dos civilizaciones sobrepuestas la una á la otra, como lo están los pisos, formando el romano en la planta baja lóbrega y venerables catacumbas: desierto el alto, hispano-gótico, como yacido sobre un campo de batalla el vencedor sobre el vencido, vuestra esperanza será igual á vuestro recogimiento: aguardareis confiados la vuelta de otra tercera extratristación cristiana, y direis con toda la plenitud de la fe: «Adoramos al Rey para quien todas las cosas viven.»

Dejemos estas y otras melancólicas ruinas cantadas por más de un ilustre desterrado con la lira de Jeremías debajo de los sauces babilónicos, y una-

monos al dignísimo Prelado que viene con el espíritu de Esdras. A restaurar las derrumbadas aras. Si pudierais abrigar alguna duda sobre el origen de ese espíritu, os la disiparían la prudencia y la templanza que presiden á su pretensión. Ved hasta qué punto es esta modesta y mínima. Pide un solo convento de franciscanos en Olite.

Pero yo estoy seguro que el prudentísimo Prelado tiene la conciencia de la importancia de su pretensión. Sabe la gran ley de todas las grandes cosas cristianas, la humildad, y conoce su magnífico símbolo, la parábola del grano de mostaza. La pequeña semilla forma el más grandioso de los árboles. Se siembra invisible, nace inesperado, crece inadvertido; pero sus ramas se desarrollan, cubren toda la superficie de la tierra, y vienen á anidarse en ellas todas las aves del cielo. El piadoso Obispo lo siembra ahora en Olite; y yo espero que germinando vigoroso en la tierra de la católica Navarra, religiosamente fecunda por su cristiana miga, y por el riego de sus mártires, tenderá sus ramas de diversas hojas, de diversas flores y de diversos frutos, proporcionando la dulce sombra de la fe, la grata flor de la esperanza, y el alimento vivificador de la caridad á todas las tribus de la España.

La misma prudencia y templanza que en el fondo, hallareis en la forma. Partiendo el venerable Prelado discretamente de lo que existe, no pidiendo reparaciones ruidosas, ateniéndose pura y simplemente al Concordato vigente, dice al Gobierno implícitamente, y yo digo al Gobierno y á vosotros, señores diputados, de la manera más explícita: «Teneis una ley, más ó menos reparadora, cumplida; dadnos lo que ella nos dá; concedednos lo que ella nos promete; es justicia, es deber, es honor, es decencia.»

Ya veis, señores, que ni el fondo ni la forma pueden ser más procedentes ni más adecuados. El venerable Prelado comprende prudentísimamente que esta gran cuestión puede resolverse en el estado á que han llegado las cosas por lo que en términos de escuela jurídica pudiéramos llamar un angusto rescripto. Dadlo, señores ministros de su majestad la Reina Católica, y vosotros diputados de la nación, por excelencia católica, asociados á ese angusto rescripto por medio de un magnífico plebiscito. Estad seguros que tenéis con vosotros toda la plebe; no, todo el pueblo; no, toda la nación.

Toda la nación, señores; un tercio de siglo de ostracismo ha rehabilitado las comunidades religiosas, aun á los ojos de aquellos que las miraban con prevención, exceptuando en todo caso algunos grupos especiales que es preciso definir.

El primero es el de los energúmenos y ex-presbiterios, que confunden á los religiosos y á los guardias civiles en un odio común. Le conocéis bien, señores: son los mismos que promueven las silbas á la autoridad.

El segundo es el de los ímpios vergonzantes, que no pudiendo destruir la unidad de culto se consuelan encerrándose en proporciones mezquinas, limitando su beneficio ación.

El tercero es el de los pseudo-liberales, ó seáanse los liberales positivos que en no habiendo libertad para todo lo que se quiere, sostienen que no debe haberla para hacer lo que se debe.

El cuarto es el de los prudentes que con una caridad mal entendida quieren evitar á los religiosos los peligros á que los exponen sus imprudentes amigos. Pues á esos me creo autorizado, aunque sin haberme puesto de acuerdo con los religiosos en cuyo nombre hablo, para dirigirles la misma represión que tuvo que sufrir el Príncipe de los apóstoles cuando quiso interponerse entre el Salvador y su martirio. Apartaos, hijos de Satanás, que no sabéis más que la prudencia de la carne. Los religiosos son, en primer lugar, católicos, y en segundo lugar, españoles. Están dispuestos á hacer lo que hicieron en esas calles el 22 de Junio los nobles oficiales de ejército español, que se dejaron matar por no profanar sus labios con gritos faciosos.

El quinto grupo es el de los eruditos á la violeta, cuya caudalosa penetración ha llegado á colmar que esto no es el siglo de los conventos, cuando se levantan á millares en países más civilizados, más cultos y más libres: en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos americanos. Ejercitando yo piadosamente con esta buena gente una de las obras de misericordia espiritual, me contentaré con enseñarles la estadística de las Ordenes religiosas de la vecina Francia. Hay allí más de 14,050 conventos, con más de 17,776 religiosos, y más de 90,343 religiosas. Digo más, porque este es el dato oficial de 1861, y desde entonces acá el número debe haberse aumentado muy notablemente. Añadiré que el dato no está tomado de los escritores católicos, sino de un escritor de la *Revista de los dos Mundos*, que de seguro pertenece al primero ó al segundo grupo de los designados por mí; porque la enumeración que acabo de hacer le pone frente, acusando al Gobierno francés por una exagerada protección que ha dado á las Ordenes religiosas, augurando á la Francia todos los males que sufrió la España siguiendo ese camino. La Francia por supuesto le contesta con la exposición universal.

Fuera de estos, ninguna persona racional clama ya entre nosotros contra los pretendidos abusos de las órdenes religiosas y todos sienten el vacío que han dejado en pos de sí.

Ya nadie les achaca la penuria del Erario, porque el Erario está con el dogal de los usuarios al cuello, y con la ingominia de la bancarota en perspectiva. Tampoco se les imputa la pobreza y la crisis general y los ahogos de las asociaciones y los particulares: la acusación se traslada justa ó injustamente á los Gobiernos que los echaron ó que continúan sus tradiciones. Menos puede imputárseles el atraso de la agricultura. Los agricultores progresistas de nuestra época, lo mismo que los rutinarios de la antigua, siguen labrando patriarcalmente sus campos con el arado de Triptolemo que trajeron los fenicios á sus padres los etneos ó los tirrulos.

¿Queréis, finalmente, medir la altura barométrica de nuestra atmósfera intelectual? Id á la exposición de París: preguntad á los sabios que allí concurren de toda la tierra cuáles son las inteligencias ibéricas cuya luz ha traspasado el Pirineo é ilumina el campo de la ciencia en Europa. La respuesta será para los enemigos de los frailes sublimemente epigramática: os citarán los nombres de Balmes y Donoso Cortés.

Y ¿dónde están, señores, la sencillez, la paz, la fraternidad, el espíritu religioso, el sentimiento moral de la sociedad antigua? ¿Dónde el movimiento económico, la laboriosidad, la administración modelo, la seguridad, la justicia perfecta, el levantamiento del carácter nacional, que se ha jactado de entronizar la sociedad nueva?

La sencillez! Podéis estudiarla en las mujeres é hijas de algunos empleados subalternos, cuyo tren y cuyos enojos envidiaría una duquesa de los tiempos de Fernando VI ó de Carlos III.

¡Movimiento económico! Lo que hay es un lujo devorador, desproporcionado á nuestros medios: absurdo; puesto que lleva al extranjero todos los años quinientos ó mil millones, que tenemos que saldar en dinero por falta de equivalentes en nuestra producción.

¡Laboriosidad! Censurábais el excesivo número de religiosos y clérigos para satisfacer las necesidades morales de 16 millones de almas, y ahora tenéis 506 generales y 11,000 oficiales para un ejército que no llega nunca en realidad á 100,000 hombres: setenta y ocho mil empleados, para la peor administración que se conoce en Europa; otros tantos cesantes y otras tres tandas de pretendientes iguales ó mayores, correspond

mación de una carga de justicia cuesta a un ayuntamiento diez y ocho años y está todavía por conseguir, como yo he demostrado aquí el año pasado en pleno Congreso. Pero ¿quién habla de esto? Hay oficina del Estado donde hay 40,000 expedientes por despachar, y son numerosos los compradores de bienes nacionales a los cuales se ha otorgado para la aceptación del remate seis años después de la verificación de la subasta.

Seguridad! Os quejábais, ó nos quejábamos, (yo no pienso hacer la apología de ninguno de los abusos del antiguo régimen), nos quejábamos de los pobres viajeros que eran saqueados a ciencia y conciencia del Gobierno en el reinado anterior en los caminos de Sierra-Morena, y, ya lo habeis oído ayer por boca del Sr. Esteban Collantes, ahora tenemos tal empleado ó tales empleados, que han rodado cada cual de ellos de un solo golpe más que todos los bandidos de todas las sierras de España durante todo el reinado de Fernando VII.

La justicia! De cuál hablais? De la conmutativa de ese sagrado depósito, de uno de sus más preciosos atributos que Dios entrega á las potestades de la tierra, á veces con las condiciones del depósito miserable en los intereses del huérfano y de la viuda desvalida? ¡Dios mío! ¡Pues si hemos llegado á conocer personalmente en algunas localidades el juez de los verdes, el de los encarnados y el de los azules, y las banderías esperan el relevo de los consejos provinciales y los jueces para obtener justicia, como los pueblos comueros del antiguo régimen aguardaban el giro respectivo para hacer sus barbecheras!

¡Hablabais quizás de la justicia distributiva en la sublimación de la virtud, en el premio de los servicios, en la condecoración del mérito? ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Me limito á recordaros el cuadro presentado bajo un doble aspecto por los dos notables oradores que hablaban ayer. ¿Teneis más lo estáis viendo?

El espíritu religioso! ¿Pues no lo estáis viendo? Si discutimos en este momento para una parte de los ministros del Catolicismo la libertad que tienen entre los clérigos, los hereses y los turcos!

La paz, señores! Salid por esos campos, y apenas hallaréis uno donde el genio de las discordias civiles no haya dejado una huella de sangre. En vano intentaréis apartaros de la vista, recogiendo al centro de la fuerza social: encontraréis el reguero sangriento en las calles de Madrid, y tropezaréis quizás con algún rastro de él en vuestro propio aposento. Pero no os molesteis, no salgáis de aquí. Escudriñad bien esas paredes, esos techos. Probablemente todavía encontraréis en ellos las señales de las salustaciones pacíficas y benévolas de las balas con que la liberalizada disciplina correspondió á las enseñanzas revolucionarias de las Cortes constituyentes.

La unión, la fraternidad! Ved el genio de la discordia en la nación, en la provincia, en el distrito, en la ciudad, en la aldea, en los partidos, en las clases, en las asociaciones, en las familias. Donde quiera que se reúnen tres personas, será un milagro si piensan dos de la misma manera; y cuando están en unisono es accidentalmente, por el vil interés, por la protesta táctica de ponerse de frente si el interés cambia al otro día. ¡Señores! ¡No os asustará ese fenómeno social? Pues yo haré que vengáis á vuestras mejillas si no los colores del temor, los de la vergüenza. Os acordáis de la infortunada campaña liberal de 1833? Os acordáis del paseo militar de los bisoños soldados del duque de Angulema desde el Pirineo hasta Cádiz? Y no os acordáis también de los 500,000 compañeros del gigante militar del siglo á quienes vuestros padres hicieron morder su profanada tierra? Pues aquello se hizo con vuestros principios y esto con los nuestros. ¡Compadid!

¿Y qué será, señores, si yo quiero hacer la concentración de todos esos movimientos sociales en la gran síntesis que se llama en las naciones? ¿Sentimiento moral? ¿Queréis saber el de los partidos medios? Pues yo lo habeis oído aquí ayer. Y probado con documentos oficiales. Los burgueses de la revolución hacen pagar por el Estado ó sus banqueros los anticipos hechos para trastornarlo. Magnífico espectáculo de moralidad! El mismo que el de unos bandidos que asaltan una casa á deshora de la noche, hacen firmar al amo un poder general de administración, y en la primera cuenta se ponen las ganancias compradas para falsear las cerraduras y meterse dentro de la casa. ¿Queréis ver de un golpe el de los partidos extremos revolucionarios ó mejor el de la sociedad formado por los nuevos principios? Pues cerca tenemos el funesto aniversario. Paseéis en espíritu por ella en ese día, y podréis saborear á vuestro gusto la ambrosía y el néctar administrados á esa divinidad asquerosa llamada revolución, de la cual esperan alqueros la curación de nuestros males. ¡Sangre y lodo! ¡Crimen y locura! ¡Prostitución de infamia porque hay dinero de por medio! ¡Y precio de ignominia, porque el dinero siquiera es español!

Horrible día, señores! Pero no el único en los anales de nuestra filantrópica civilización. Yo recuerdo en este momento otro igualmente negro, y quizás más vil. Oidlo, porque esa roja página de nuestra historia os interesa por mas de un concepto.

Hace más de treinta años, el puñal de unos infames asesinos, comprados por el oro de los clubs, hirió aquí á inermes y virtuosos religiosos en la quietud pacífica de sus claustros, clavándoles al mismo tiempo en el alma la calumnia más bestialmente absurda de que hace mención la historia. Consumóse el horrendo crimen sin que un público diese razón de su existencia, sin que un soldado ni un oficial se moviesen de sus cuarteles para impedirlo en nombre de la justicia cristiana ó en nombre siquiera de la antigua y proverbial baldiga española. Treinta años después, los oficiales del ejército español encontraron aquellos puñales, tintos en la sangre de inocentes religiosos, y dos veces manchados con el contacto del oro prostituido y vil, clavados en los pechos de sus nobles compañeros. ¡Legisladores y jueces de la tierra! ¡Entended! Entended vosotros, ¡hombres del partido moderado! Vuestros hombres eran los que estaban entonces en el poder. Vuestra conciencia, ¿no os dice que debéis á vuestra propia dignidad una solemne reparación?

Señores, ya es tiempo de retroceder en el camino del mal, y progresar en el camino del bien.

Permitidme al propósito una salvedad. No voy á tenerme por un fanático irreflexivo, que entienda curadas las llagas cancerosas de esta corrompida sociedad por que vean algunos jesuitas, algunos franciscanos, algunos de sus otros hermanos religiosos. Yo incidiré en esa piadosa, pero indiscreta vulgaridad! ¡Ah, señores! ¡Pues si peço por el extremo contrario!

Al iniciar hace dos años la exposición de mis ideas individuales, dije que aquí era preciso una reforma radical. Hoy os diré más. Entiendo que la España, más aun la raza ibérica, lo mismo aquí que en América, necesitan una verdadera transformación. Mi opinión es que la revolución se ha hecho: pero la reforma de los elementos deletéreos existentes en el fondo de la sociedad, lo mismo en el antiguo régimen que en el nuevo, está por hacer.

Conste, pues, que al demandar yo la restauración de las órdenes religiosas, no lo hago precisamente como el establecimiento de uno de los elementos conservadores del antiguo régimen, sino también como un elemento de progreso que tiene que satisfacer en la nueva sociedad necesidades nuevas, de las cuales no podemos tratar en este momento. Entre ellas había quizás algunas que ya no tienen razón de ser. Pues no vengán. Había otras que necesitaban quizás reforma. Pues reformense por la autoridad competente. ¿Pues no salieron en lo antiguo de su mismo seno los reformadores? Pero vengán todas aquellas cuya necesidad es notoria, cuya buena organización es evidente,

te, cuyos servicios son á los ojos de toda persona, no ya católica, sino siquiera racional, convenientes y aun urgentísimos.

Ya es hora de echar á un lado esas preocupaciones necias, esas preocupaciones malévolas, que encuentran en las órdenes religiosas, ó mejor dicho, en el espíritu católico, la causa de nuestra decadencia. ¡Pues no se hicieron con ellas y con este, y aun por ellas y por este, la reconquista de nuestra independencia cristiana, la unificación de nuestra sociedad, nuestra expansión en el exterior, nuestra sublimación ante la Europa y ante el mundo? ¿No fueron humildes y sencillos al par que inteligentes y elevados frailes los únicos progresistas, ó mejor diré, progresivos, que comprendieron el genio del inmortal Colón y se lo hicieron conocer á la más grande de las Reinas?

¡Ah, señores, si yo entrara en paralelos! Si el tiempo me lo permitiese y parangonase el siglo XV con el siglo XIX! El siglo de los frailes con el siglo de los periodistas! Permitidme un solo ejemplo.

Hace muy poco tiempo, el liberalismo inteligente y aristocrático contemporáneo quiso dar una muestra de su poder y recuperar en América uno de los florones caídos de la corona de Castilla. La ocupación de una funesta isla, que se pareció en sus horrores á la Gorgona, pero donde no hubo ningún Pizarro, y el abandono de aquella empresa absurda costó á España más gente y más dinero que la conquista del Perú. ¿Qué digo del Perú? Más gente y más dinero que la conquista de toda la América. 50,000 hombres y 500 millones no pudieron conservar la mitad de Santo Domingo. Algunos pocos religiosos dominicanos, sin más fuerza que la de su predicación, dieron á toda esa isla la administración española y el nombre de su santo patron. Algunos jesuitas, sin más armas que la cruz, lograron conservar y colonizar el Paraguay, una superficie igual á la mitad de España. ¿Puede estar, señores, todo lo satisfechos que queráis con vuestra nueva civilización. Mientras no logreis mejorarla algun tanto, yo voto por la antigua.

Pero no terca, fanática, irreligiosamente, no. Yo no me opongo á ninguna verdadera conquista de esa moderna civilización. Yo no soy adversario del verdadero Gobierno representativo. ¿Por qué? ¿Pues no existió ese Gobierno representativo con las órdenes religiosas? ¿Pues si justamente tengo el honor de representar á una provincia que tenía hace pocos años sus Cortes propias y á las cuales concurrían los abades de las órdenes monásticas!

Yo no os impido que progreséis; lo que exijo es que no solteis de la mano la cadena venerable de la tradición, la cual no dejan nunca sino las familias envilecidas ó las nacidas degradadas. ¡Moradores de la tierra de los pronunciamientos! ¡Visitadores transeúntes de Tetuan, de Cochinchina y de Santo Domingo, recibid complacidos y reverentes á las familias religiosas que acompañaron á vuestros padres á la conquista de un imperio en cuyos límites no se ponía el sol: doblad la rodilla ante los que auxiliaron en su agonía á los mártires del Dos de Mayo: tended los brazos á los valientes del heroísmo de sus ilustres vengadores!

Vengo, señores, á la última parte de mi discurso, presentándoos la cuestión bajo su aspecto exegético.

El Concordato establece que se planten en donde quiera que sea necesario, casas de las congregaciones de San Felipe Neri y San Vicente Paul y de otra tercera orden religiosa que no se designa. Esto equivale á establecerse en todas las diócesis, cuando menos tres, de esas casas religiosas, las cuales son absolutamente precisas para completar la disciplina del Clero y la enseñanza del pueblo, en la actual manera de ser de la Iglesia católica española.

Segun la nota del negociado del ministerio de Gracia y Justicia, único dato oficial que aparece de ese expediente, la petición del venerable Obispo de Pamplona ha sido obstruida, porque se quiere tomar sobre este particular un acuerdo definitivo; y se ha promovido duda sobre el carácter, rango y condiciones del instituto que habiere de instalarse, y también sobre si este instituto habrá de ser de una misma orden en todo el reino, ó si podrá prescindirse de esta uniformidad, haciendo designación oficial del mismo en cada diócesis.

Como veis, señores diputados, la duda entorpece la acción del Ministerio. Veamos si yo logro disiparla. Ya lo habeis visto, señores diputados: el Estado ha contraído un compromiso internacional con el jefe de la Iglesia, y este compromiso tiene el carácter de un contrato oneroso. La España se obliga á recibir las órdenes religiosas, señalándose como minimum tres en cada diócesis, y se obliga además á mantenerlas. Ahora bien, señores: dignos prestar una atención especial á las consecuencias que se derivan de esas dos premisas.

Empecemos por el aspecto moral. El Estado confiesa, como todo buen católico, la bondad y excelencia del principio de la vida monástica. Y más adelante reconoce explícitamente su necesidad, y se obliga á plantearlo y sostenerlo. Ahora, bien, señores: la aceptación por el Gobierno del principio de la vida monástica, como una obligación forzosa del Estado y como un hecho de la atmósfera oficial, implica necesariamente el reconocimiento de esa vida como expansión libre del sentimiento católico. ¿Queréis llegar hasta el absurdo de que los religiosos no son buenos sino cuando se revisten con cierto carácter oficial y se asimilan en cierto modo á los empleados públicos? Pues yo creo justamente lo contrario. En ese momento pierden dos de sus más bellas condiciones: la libertad religiosa y la independencia económica. Pero en fin, si ha de haber religiosos, por decirlo así, de plantilla, forzadamente teneis que admitir los meritos. ¿En qué ejército del mundo se han rechazado jamás los voluntarios?

Procedamos al exámen bajo el aspecto económico. Yo lo habeis visto, señores diputados: el Estado no solamente reconoce el principio de la vida monástica, sino que se obliga á mantener á sus representantes oficiales. Así lo dispone el artículo 55 del Concordato, y así lo practica nuestro presupuesto, donde encontraréis un capítulo especial en el de gastos con el epígrafe de «Congregaciones religiosas».

¿Tiene el Gobierno la intención y la posibilidad de cumplirlo á la letra ese compromiso? Pues Dios me libre de quitárselo.

Pues hablemos ingenuamente, señores. En el estado actual del presupuesto ¿es esto posible? En el estado futuro, ¿lo será nunca? ¿Podéis levantar 150 conventos, y dotarlos con 2,000 religiosos, añadiendo al presupuesto ordinario un capítulo, cuando menos igual al del Clero abacial, que cuesta cerca de cuatro millones de reales, y al presupuesto de obras públicas una cantidad que asusta?

Y bien, señores: si queréis, gastad; pero entp tanto dadnos á buena cuenta las órdenes religiosas gratuitas. Si los frailes son buenos cuando se cuesten dinero, cuando los tengais de balde deben parecerse buenismos. No os coloqueis fuera de las condiciones del sentido común. Mirad que esto es claro como la luz del día.

Pongamos, sin embargo, la cuestión todavía más clara. ¿Os asaltan dudas sobre lo que en este punto piensa Su Santidad? Pues preguntádselo. Lo que Su Santidad quiere (leed sus Encíclicas) es que vayan á todas partes todas las órdenes religiosas posibles, segun las respectivas condiciones de tiempo y lugar que yo empiezo tomando en consideración antes que nadie. ¿Dudáis de la voluntad de los Prelados? Pues lo primero que yo establezco es que todo se haga con su perfecto acuerdo y el del Gobierno.

Pero fijemos de una vez los puntos concretos sobre los cuales yo deseo saber la opinión del Gobierno, ó mejor dicho, que yo quisiera ver aceptados por el mismo.

Primero. Interpretación del art. 29 del Con-

cordato, con la plenitud del sentimiento católico, por el reconocimiento explícito de la admisión del principio de la vida monástica en nuestra católica sociedad, con arreglo á las declaraciones de la Iglesia.

Segundo. Libertad de elección á los Prelados respecto á la tercera orden de obligatoria institución en cada diócesis, dado caso que el Gobierno esté en situación de llevar adelante el compromiso.

Tercero. Admisión de todas las órdenes monásticas de legítima filiación que el Gobierno de S. M. y los Prelados respectivos estimen oportunas en su localidad, y cuya instalación se deba á los medios económicos de las mismas sin gravamen del presupuesto.

Cuarto. Protección suficiente á las órdenes religiosas que con destino al servicio religioso de Ultramar existen entre nosotros oficialmente para que puedan funcionar interna y externamente conforme á la libertad propia de su santo instituto.

El único de estos puntos que pudiera ofrecer alguna duda, ha sido resuelto por mis anteriores observaciones. La tercera orden religiosa se entendió siempre á elección de cada Prelado en cada diócesis segun sus necesidades respectivas, y no pudo entenderse de otra manera. Se entendió así. Aquí teneis quien puede daros una interpretación auténtica. Tenemos el honor de contar entre nosotros el ministro que ultimó y firmó el Concordato. Yo insisto y ruego al Sr. Bertran de Lis para que diga cuál fué el espíritu de aquella disposición.

No pudo ser de otra manera, por muchas razones.

Prescindiendo del espíritu de la Santa Sede, del cual á nadie puede caber duda, ¿no comprendéis que á una sola orden religiosa le sería absolutamente imposible dar los 60 conventos cuya necesidad desde luego se reconoce? ¿Creéis, además, que puede haber un ministro español, que decidido á aceptar las órdenes religiosas, cualesquiera que fuesen sus opiniones, admitidos los Filipinos y Paules se atreviese á cerrar las puertas de su patria nativa á las órdenes indígenas del suelo español, y señaladamente á los jesuitas y dominicos, palmas excelsas de nuestro espíritu religioso, enlazadas con todas nuestras glorias?

Así las gravísimas consideraciones que he tenido el honor de presentaros en pró de esta inmensa cuestión, permitidme, señores, añadir una de un orden inferior, pero que quizá os conmueva más profundamente que las otras. El Gobierno de S. M. ha presentado aquí cuestiones graves y aun tremendas, y ha obtenido en ellas el apoyo ó la aquiescencia de todos los hombres eminentemente conservadores.

Hace pocos días se presentó por estos una cuestión que después de todo no es mas que un procedimiento político, y haciendo el Gobierno de ella lo que en términos parlamentarios se llama una cuestión de Gabinete, produjo aquí el germen de una dolorosa división. ¿Queréis que esta se convierta en un abismo? Pues en la mano lo teneis.

La cuestión que hoy se ventila es infinitamente más grave. El principio de la legitimidad y excelencia de la vida monástica, y de su libre aplicación en el órden social, se liga tan íntimamente con los principios primordiales del Catolicismo, que si interpones entre vosotros y nosotros ese foso, ni nosotros podrémos ir allá, ni vosotros podréis venir acá. Os pido por Dios que ya que queréis que sean compatibles los empleados en el parlamentarismo, que no queráis que sean incompatibles los religiosos. Creedme: su admisión es un acto de religión; pero su introducción á vuestro nombre, por vuestra iniciativa, es un acto de sublime política. Si los frailes son incompatibles con el Gobierno parlamentario, el Gobierno parlamentario es incompatible con la mayoría de la nación. Poned las manos sobre vuestro corazón, y decidme en conciencia si digo la verdad. ¿Queréis que sometamos esta cuestión al sufragio universal?

Con estas manifestaciones que hacen de lleno el fondo de la cuestión, explico, señores, con mi habitual ingenuidad mi posición particular en esta Cámara. Mi elección con carácter individual no me dispensa de mis deberes políticos. Cuando he hablado de independencia, señores, entendida dentro de los grandes principios de los hombres, de la base cardinal de la autoridad, de los cuales yo no rechazo á ninguno y á los cuales todos los amo. En esa comunión he nacido y en esa he de morir. El tiempo no ha hecho más que aclarar mis ideas, fijándolas definitivamente y formulándolas cuando tuve el honor de hablar aquí en la cuestión del reconocimiento del reino de Italia.

El mismo lema de entonces traigo en mis banderas. En *ipsa, et cum ipsa, et per ipsam*. Toda fundación moral sobre la piedra angular de la Iglesia católica: todo monumento social con la guía de la Iglesia católica: toda organización política por los principios de la Iglesia católica.

Notad, señores, que si hay en mis doctrinas novedad, es por sobre, no por falta de consecuencia. El mismo es el lema de las banderas, pero traen por corbates el humilde cordón de San Francisco. ¡Y á mucha honra! El humilde cordón de San Francisco puede no solamente adornar las banderas pacíficas de un hombre parlamentario, sino ilustrar las del más bizarro de vuestros regimientos. ¿No recordáis que Jimenez de Cisneros, ascendiente ilustre en España de esos humildes franciscanos cuya causa yo litigo, además de gran ministro, fué también capitán ó general?

Si, señores, el humilde religioso fué también ilustre general, y pasó á África, y clavó allí el pendón de Castilla, y no lo recogió luego, y lo pliegó y se lo trajo. Allí quedó cubierto ondeando brioso en la tierra conquistada con toda la antigua entereza y altivez castellanas.

Ya conocéis, señores, toda la gravedad de la cuestión y la de la forma en que viene. La cuestión que os presento, señores ministros, es la que más puede interesar, después de la del Pontificado, á la Iglesia católica: apostólica, romana. Permitidme, pues, que me presentandome yo aquí como heraldo, aunque indigno, de la misma, os hable con toda la dignidad de los enviados del pueblo romano, á quienes esa Iglesia sucede en el nombre y los destinos del mundo.

Plegando, como uno de ellos en circunstancias parecidas, la toga al pecho, os digo: ¿qui os traigo la paz y la guerra: escoged: Mirad que no soy yo con quien habeis de combatir. No os ilusioneis. El senado y el pueblo, á quienes en este momento represento, no será vuestro amigo si no lo sois vosotros de las comunidades religiosas.

En nombre, pues, señores ministros y señores diputados de ese órden de ideas, único que debeis representar, os pido la restauración católica, solemnemente, completamente sobre toda legal, de las Órdenes religiosas. Pero yo deseo que no deje de volarlas aquí nubladas. Después de haberla pedido en nombre de la religión, del órden y de la justicia, yo la pido también en nombre de la libertad.

¿Queréis saber donde se halla la verdadera libertad? ¿dónde os la designa la palabra que nunca miente? Allí donde está el espíritu de Dios. ¿Queréis saber cuál es la verdadera libertad? Pues es querer libremente lo que se debe. Lo contrario es ser esclavo de sus pasiones.

¿Queréis saber cuál es la más alta libertad? Pues es la del religioso católico: la libertad heroica de Leonidas y sus compañeros de las Termópilas: la libertad de Daoiz y Velarde y de sus nobles soldados que enviaban desde ese cuartel inmediato la muerte á los opresores de su país, sabiendo que le enviaban al mismo tiempo sus propias vidas: la libertad heroica del sacrificio.

Segun participa al ministerio de Marina el comandante de la fragata *Numancia* desde la bahía Fames, isla de Santa Elena, llegó á la misma el 29

de Abril último, sin novedad en la salud de la tripulación, proponiéndose seguir para Montevideo el 2 de Mayo después de haber reemplazado el combustible consumido en la navegación.

Hacia el 20 del mes corriente la *Numancia* se habrá incorporado á la escuadra española del Pacífico.

Los periódicos de Portugal anuncian que el Gobierno español ha prorogado por veinte dias, á contar desde el 20 de Mayo, el plazo fijado á los emigrados españoles para que se acojan al indulto últimamente concedido. Esto tendrá por objeto sin duda dar tiempo á que la noticia llegue á las islas Azores y Madera, cuyas comunicaciones son poco rápidas y frecuentes.

Han pasado por España, viniendo de Portugal y con dirección á Roma, varios Prelados del vecino reino que van á asistir á las fiestas del mundo católico.

La *Patrie* del 4 dice que la Reina de España ha escrito al Emperador Napoleon, manifestándole sentia no poder visitar este año á París.

Las sesiones del Congreso se reunieron ayer tarde, y nombraron la comisión que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley aprobado por el senado acerca del juicio de desahucio, y de la que ha de entender en el proyecto relativo á la concesión del ferro-carril de Alicante á Orihuela y Murcia.

Un periódico dá como casi seguro que las sesiones de noche en el Congreso terminarán en cuanto termine la discusión de presupuestos.

Parece que el gobernador de Córdoba, Sr. Mendez San Julian, no será trasladado á Barcelona, porque el Gobierno ha accedido á los ruegos de una comisión del ayuntamiento de aquella ciudad que con el objeto de impedir esta traslación se ha presentado al presidente del Consejo de ministros.

El excelentísimo señor Arzobispo de Granada ha salido de Madrid con dirección á Barcelona, donde se embarcará el día 12 con otros Prelados para la capital del orbe católico.

Decididamente no se suprimirá ninguna universidad á consecuencia de la enmienda de los señores Fernandez de Velasco, Losada, Danvila, De Blas y otros, enmienda que ya hemos dado á conocer.

En virtud de esta misma enmienda se dan al Gobierno medios para que amplie la enseñanza en las universidades existentes.

Por el ministerio de Fomento se ha expedido una real órden autorizando á los licenciados en medicina que lleven diez años de práctica para que puedan recibir el grado de licenciados en cirugía, previos exámenes, y con solo los estudios privados.

Como la fragata *Navas de Tolosa* pertenece á la escuadra del Pacífico, la cual, cumplido su cometido en las aguas de las Antillas, tenía órden de regresar á Montevideo, el capitán general de la isla de Cuba dispuso que la fragata *Cármen* reemplazara á la *Navas de Tolosa* en el encargo de vigilar el *Rayo* dentro del puerto de Cartagena, ínterin se llenan las formalidades legales necesarias para justificar que es un buque corsario fraudulentamente adquirido el que llevaba ántes el nombre de *Cuyler* y despues ha sido bautizado con el de *Rayo*.

Esto explica el regreso de la fragata *Navas de Tolosa* á Cuba despues de la detención del vapor corsario el *Rayo* en Cartagena.

Nuestra escuadra, reforzada y abastecida de todo, volverá á situarse en el Rio de la Plata.

Segun un periódico, el plan que se atribuye al Sr. Barzanallana consiste, conforme á los rumores mas autorizados, en reiterar la petición á las Cortes para el arreglo de la cuestión de los cupones en los términos votados por el anterior Gobierno: decretar una conversión voluntaria de las deudas amortizables á tipos convenidos de antemano; obtener un empréstito de 500 millones de reales á buenas condiciones, y destinar una parte de este empréstito al alivio de las empresas de ferro-carriles.

Un señor diputado dijo anteayer en el Congreso al señor ministro de Gracia y Justicia que el posea dos conventos en Orihuela de que podria disponer el Gobierno si lo creyese necesario.

No creemos que este señor diputado sea el único español que esté dispuesto á coadyuvar al restablecimiento de las órdenes monásticas.

Dice un periódico que el señor ministro de Gracia y Justicia se propone adoptar las más eficaces disposiciones para que se extinga por completo la clase de magistrados supernumerarios.

A la una y media de la tarde el embajador de Francia, Sr. de Mercier, pasó ayer á casa del presidente del Congreso, Sr. Belda, á darle gracias por el acuerdo del Congreso, consignando el disgusto con que los señores diputados se habían enterado del atentado ocurrido en París contra la vida de los Emperadores Napoleon y Alejandro II.

El periódico el *Figaro* dice que S. M. la Reina no visitará la Exposición universal, pero que irá de fijo su augusto esposo. Créese sin embargo, que los Reyes de España no saldrán de Madrid sino para el Real Sitio de San Ildefonso.

El Sr. Isasi Isasmendi ha presentado una proposición al Congreso sobre rebaja de tarifas de ferro-carriles para que se fije una base por tonelada y kilómetro comun á todas las líneas, que variará de más á menos segun aumenten las distancias, pero sin que nunca cueste menos una mayor que una menor distancia. Así como la base kilométrica y su graduación por distancias serán comunes á todas las líneas, será tambien comun una nueva clasificación más subdividida en mercancías. Estas

variaciones podrán hacerse de acuerdo entre el Gobierno y las compañías.

Los diputados gallegos y leoneses, en una reunion celebrada ayer para tratar de asuntos de interés en las casas de D. Vidal Arrieta. El fuego duró veinticuatro horas, y consumió las cinco casas de nueva construcción del Sr. Arrieta. Desgraciadamente habian resultado bastantes heridos y contusos á consecuencia del incendio.

NOTICIAS GENERALES.

Segun escriben de Vitoria, á las cinco de la tarde del día 5 se declaró un violento incendio en las casas de D. Vidal Arrieta. El fuego duró veinticuatro horas, y consumió las cinco casas de nueva construcción del Sr. Arrieta. Desgraciadamente habian resultado bastantes heridos y contusos á consecuencia del incendio.

Ha fallecido en Cartagena el teniente coronel de ingenieros Sr. Aspiron.

En Somosierra han hecho tales destrozos las últimas tormentas, que los sembrados han quedado enteramente destruidos, y los labradores faltos de recursos hasta para hacer la siembra.

El capitán general de las provincias vascas congresos se halla en Bilbao vistiendo las fuerzas que guarnecen aquella capital. El miércoles mandó las maniobras del regimiento de Almansa en el campo de Albia, y ayer debió marchar á Portugal en compañía de las autoridades de la provincia y varias personas que le han ofrecido una comida de campo.

En el pueblo de Alberique ha ocurrido una pequeña alarma entre los labradores por creer que la pérdida de la cosecha se debe á la falsificación del guano vendido en el pueblo por un agente peruano. Este ha ofrecido indemnizarles en el caso de que se compruebe el fraude del cual se declara inocente.

La Real Academia española despues de examinar detenidamente las dos Memorias presentadas al concurso literario abierto por esta corporación para el presente año sobre el segundo asunto anunciado en el programa, á saber: *Historia de la crítica literaria en España desde Luzán hasta nuestros dias*, acordó no haber lugar al premio ofrecido, y conceder el *accessit* á la Memoria señalada con el número 2 y el lema: *Amor recta ratio facit*.

El autor de esta Memoria resultó ser D. Francisco Fernandez Gonzalez.

Con motivo del desestero de las oficinas, hasta el lunes próximo no habrá despacho para el público en el ministerio de la Gobernación.

Por el Ayuntamiento de esta corte ha sido nombrado procurador síndico el Sr. D. José Diaz Agero, antiguo diputado á Cortes.

El señor marqués de Villaseca se dispone á salir para Andalucía. Durante su ausencia quedará encargado interinamente del corregimiento de Madrid el señor marqués de Bogaraya.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

LEY.

Dona Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución Reina de las Españas. A todos los que la presenten vieren y entendieren, sabed: que las Cortes han decretado y nos sancionado lo siguiente:

Artículo único. Se autoriza al Gobierno para formalizar, con intervención de la Santa Sede, el arreglo definitivo de las capellanías colativas de sangre y otras fundaciones pías de la propia índole, conciliando, hasta donde sea posible el bien de la Iglesia, el del Estado y el de las familias interesadas.

Por tanto: mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.

Palacio á siete de Junio de mil ochocientos sesenta y siete.—Yo la Reina.—El ministro de Gracia y Justicia, Lorenzo Arrazola.

MINISTERIO DE MARINA.

LEYES.

Dona Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución de la Monarquía española Reina de las Españas. A todos los que la presente vieren y entendieren, sabed: que las Cortes han decretado y Nos sancionado lo siguiente:

Artículo 1.º Las fuerzas navales para las atenciones generales del servicio del Estado, cuyo sostenimiento corresponde al presupuesto de la Península, serán las que siguen:

BUQUES BLINDADOS.

Una fragata con 34 cañones y 1,000 caballos, armada por 12 meses.

Otra con 25 cañones y 1,000 caballos, en situación especial por 12 meses.

Otra con 50 cañones y 800 caballos, en situación especial por seis meses.

Otra con 21 cañones y 800 caballos, en situación especial por seis meses.

Otra con 15 cañones y 800 caballos, en situación especial por tres meses.

BUQUES DE VELAS.

Una fragata con 48 cañones y 800 caballos, armada por 12 meses.

Otra con 25 cañones y 500 caballos, armada por 12 meses.

Otra con 41 cañones y 500 caballos, en situación especial por 12 meses.

Otra con 40 cañones y 500 caballos, en situación especial por 12 meses.

Otra con 26 cañones y 500 caballos, en situación especial por 12 meses.

Una goleta con tres cañones y 150 caballos, armada por 12 meses.

Otra con cinco cañones y 160 caballos, armada por seis meses.

Un transporte con 1,300 toneladas y 500 caballos, armado por 12 meses.

Otro con 600 toneladas y 90 caballos, armado por 12 meses.

Otro con 800 toneladas y 120 caballos, armado por 12 meses.

BUQUES DE RUEDAS.

Un vapor con 14 cañones y 500 caballos, armado por 12 meses.
Otro con 40 cañones y 350 caballos, armado por 12 meses.
Otro con seis cañones y 350 caballos, armado por tres meses.
Otro con seis cañones y 200 caballos, armado por 12 meses.
Otro con dos cañones y 150 caballos, armado por nueve meses.

BUQUES-ESCUERAS.

Una fragata de hélice de 51 cañones y 560 caballos (escuela de quintos marineros), armada por 12 meses.
Otra de vela de 28 cañones (escuela de cabos de cañón), armada por 12 meses.
Una corbeta de vela de 18 cañones (escuela de guardias marinas), armada por 12 meses.
Una urca de vela de 1,000 toneladas (escuela de guardias marinas), armada por 9 meses.
Una corbeta de vela de 30 cañones (escuela de aprendices navales), armada por 12 meses.
Una urca de vela de 700 toneladas, armada por 6 meses.
Otra urca de vela de 800 toneladas, armada por 6 meses.
Otra de 225 toneladas, armada por cuatro meses.
Otra de 160 toneladas, armada por 12 meses.
Art. 2.º Las fuerzas destinadas al resguardo marítimo y a celar el respeto é inviolabilidad del mar territorial en las costas de la Península é islas adyacentes serán las siguientes:

BUQUES DE HÉLICE.

Una goleta de tres cañones y 80 caballos, armada por 12 meses.
Cinco goletas de dos cañones y 80 caballos, armadas por 12 meses.

BUQUES DE RUEDAS.

Un vapor de dos cañones y 200 caballos, armado por nueve meses.
Tres vapores de dos cañones y 120 caballos, armados por nueve meses.

BUQUES DE VELA.

Doce faluchos de segunda clase con 12 cañones, armados por 12 meses.
Setenta y dos escampavías, armadas por 12 meses.
Seis lanchas, armadas por 12 meses.
Un ponton, armado por 12 meses.

Art. 3.º Para la dotación de los buques expresados y el servicio de los departamentos y arsenales de la Península, se fijan:
Cinco mil setecientos sesenta y un marineros.
Dos mil seiscientos veinticinco individuos de tropa de infantería de marina.
Y 566 guardias de arsenales.

Por tanto: Mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.
Palacio á cuatro de Junio de mil ochocientos sesenta y siete.—Yo la Reina.—El ministro de Marina, Joaquín Gutiérrez de Rubalcava.

Doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución de la monarquía española Reina de las Españas. A todos los que la presente vieren y entendieren, sabed: que las Cortes han decretado y nos sancionado lo siguiente:

Artículo 1.º Se autoriza al ministro de Marina para que, en el caso de continuar la guerra en el Pacífico, pueda aumentar durante el ejercicio del presupuesto del año económico de 1867 á 1868 las fuerzas navales comprendidas en el mismo con los buques que se expresan á continuación, si las circunstancias lo hiciesen necesario:

BUQUES BLINDADOS.

Una fragata de 34 cañones y 1,000 caballos, armada por 12 meses.
Otra de 21 cañones y 800 caballos, armada por 12 meses.
Otra de seis cañones y 500 caballos, armada por 12 meses.

BUQUES DE HÉLICE.

Dos fragatas de 48 cañones y 600 caballos, armadas por 12 meses.
Otra de 25 cañones y 560 caballos, armada por 12 meses.
Dos trasportes de 1,500 toneladas y 500 caballos, armados por 12 meses.

BUQUES DE RUEDAS.

Un vapor de seis cañones y 350 caballos, armado por 12 meses.

Art. 2.º Para la dotación de los buques expresados se fijan:
Mil doscientos treinta y tres marineros.
Doscientos ochenta y tres individuos de infantería de marina, además del número de ambas clases que se piden en el proyecto de ley fijando las fuerzas navales para el citado año económico.

Por tanto: Mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades así civiles como militares y eclesiásticas, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.

Palacio á cuatro de Junio de mil ochocientos sesenta y siete.—Yo la Reina.—El ministro de Marina, Joaquín Gutiérrez de Rubalcava.

CORTES.

SENADO.

Extracto de la sesión del día 7 de Junio.

Se abrió la sesión á las tres y cuarto por el señor presidente.

Aprobada el acta de la anterior, se aprobaron también varios dictámenes de peticiones.
El señor conde de Maceda leyó los dictámenes de la comisión de calidades relativos á varios señores senadores.

El Sr. Luxán rogó al señor ministro de Fomento llevase al Senado el expediente del ferro-carril de Cádiz á Sevilla.

El señor ministro de Fomento manifestó que enviaría el expediente.

El Sr. Pastor excitó al Gobierno para que, ha-

ciendo uso de la autorización que tiene, se apresure á quitar las trabas y cargas que pesan sobre la marina mercante, ya que se había empezado por abolir el derecho diferencial de bandera. El orador expuso cuán necesario era acudir á aquel medio para sacar al comercio de la allicción en que le ha puesto la empresa del ferro-carril del Norte, rebajando sus tarifas en provecho del comercio francés y en daño del de nuestras provincias del Norte.

El señor ministro de Ultramar dijo que su compañero el de Hacienda se ocupaba en resolver la cuestión en beneficio del comercio marítimo.

El señor ministro de Fomento manifestó que la difícil cuestión de las tarifas del ferro-carril del Norte se hallaba sometida al acuerdo de las altas corporaciones administrativas del Estado.

En concepto del orador, este asunto se resolvería tan luego como se hicieran los estudios oportunos y se propusiera algún medio como el de rebajar las tarifas oficiales.

El señor presidente del Consejo de ministros dió á conocer al Senado los despachos de nuestro embajador en París, notificando el atentado cometido contra los Emperadores de Rusia y de Francia.

El señor presidente dijo que se había presentado una moción á la mesa, en la cual se pedía que el Senado declarase había sabido con horror el atentado contra la vida de los Emperadores.

El señor marqués del Duero, como uno de los firmantes, dijo pocas, pero sentidas frases en apoyo de la proposición.

Se preguntó al senado si se declaraba urgente la proposición, y así se acordó después de algunas palabras de los señores presidente del Consejo, marqués de Molins, Istúriz, Guendulain y marqués de la Habana.

La proposición fué aprobada nominalmente por 125 votos.

Y se levantó la sesión anunciando el señor presidente que para la próxima se avisaría á domicilio.

Eran las cuatro y media.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el 7 de Junio de 1867.

Se abrió á las dos y media, bajo la presidencia del Sr. Belda.

Leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Sr. Estéban Collantes dijo que no había tomado parte en el debate de las cuentas de 1854 anoche, porque ignorando que estuviese á la orden del día dicho asunto, no estaba presente; pero que le convenía hacer una aclaración, cual era que si en las palabras pronunciadas en la sesión de anteayer había intención de molestarle, devolvía las palabras y la intención al señor conde de Xiquena.

El señor presidente le contestó que el asunto estaba á la orden del día, como lo están todos los asuntos pendientes de discusión.

El Sr. Lacy recordó varias preguntas que tenía hechas sobre mejoras agrícolas y establecimiento de la guardia rural en las provincias meridionales, y preguntó además al Gobierno si la proposición de ley aprobada para la construcción de un ferro-carril de Novelda á Murcia estaba conforme con los dictámenes facultativos.

El Sr. Catalá y otro señor diputado presentaron exposiciones.

El Sr. Martínez Guertero, se felicitó de que el capitán de la fragata *Navas de Tolosa* haya encontrado á bordo del buque *Cuyler* pruebas de que la presa estaba bien hecha, porque así se ahorran cuestiones que son siempre desagradables.

Además preguntó al ministro de Marina la razón por qué no han salido de los puertos de Inglaterra las dos fragatas blindadas *Vitoria* y *Araviles*, que según sus noticias estaban ya pagadas, y que pudieran sernos muy útiles si empezaba de nuevo la guerra en el Pacífico.

El señor ministro de la Gobernación dijo que al entrar en el poder se había encontrado con una disposición sobre empleados públicos, pero que por la índole de los sucesos políticos esta disposición recaía mas bien en favor de una bandera política que en beneficio general. Que el proyecto presentado por el Sr. Bertran de Lis tenía cosas aceptables al Gobierno y que era preciso legislar sobre este asunto, pero que se debía esperar á un momento de mas calma, y al efecto presentaría oportunamente un proyecto de ley sobre este asunto, por lo cual rogaba al Sr. Bertran de Lis que esperase hasta entonces.

El Sr. Bertran de Lis dijo que en su proyecto no se establecía nada que pudiera ocasionar perturbación en la administración pública y que podía procederse inmediatamente á la formación de los escalafones de todos los ministerios para que se colocase á los empleados más antiguos á condición de que renunciar á la política.

El Sr. Gonzalez Brabo contestó que el Gobierno procuraría formar el proyecto de ley sobre este asunto inmediatamente y lo presentaría en esta legislatura si era posible, y sino en la próxima.

Los señores Reina y Martínez pidieron que constasen sus votos contrarios á la aprobación de las cuentas de 1854.

Entró en la orden del día y se puso á discusión la proposición de reforma de los reglamentos empezando por el voto particular del Sr. Cláros.

El Sr. García Lobera, como de la comisión, la combatió.

El Sr. FERNANDEZ DE VELASCO (D. Fernando): Señores diputados, por primera vez en mi vida me levanto á dirigir la palabra á una corporación numerosa de hombres ilustrados. Antes de conocerlos oí decir que hablar aquí por primera vez causaba una emoción extraordinaria; hoy os aseguro á fé de caballero que no me siento conmovido, y que el natural respeto que os debo no toca los límites del temor ni del sobresalto, porque al veros asistir ansiosos un día y otro á la liquidación de las cuentas, á la liquidación de la política, á la liquidación del parlamentarismo, creo que me escuchareis serenos, como aquel que viene á hablaros en nombre de la verdad, de la razón y de la justicia.

Yo, señores, no he entrado aquí para trepar por los escalones de la administración á los altos alcázares de la política; he venido de mi casa á exponeros mis convicciones con generosidad, y á votar las leyes con honradez.

Me propongo tres objetos. Primero, manifestaros que nosotros aceptamos la doctrina de este reglamento. Segundo, demostrar que los reglamentos deben ser objeto de una ley. Y tercero, llamar vuestra atención sobre un punto concreto de este reglamento, que si no lo empaña, lo deslumbra mucho.

Creo el Sr. Cláros importuna esta discusión; yo no estoy conforme en esto con S. S., y creo que partiendo de que los reglamentos deben ser objeto de una ley, queda contestado cuanto ha dicho el Sr. Lobera. Pero antes declaro que nosotros, no solamente creemos oportuna la reforma del reglamento, sino hasta urgente y necesaria.

Nosotros, entre dos reglamentos, uno bueno y otro malo, preferimos el primero, y lo votaremos con verdadero entusiasmo por el espíritu antiliberal que en él resplandece.

El voto particular no tiende á desaprobación en el fondo el nuevo reglamento; no puede ser por tanto arma de oposición sistemática al Gobierno.

Mal pudiera yo hacer oposición á un Gobierno que trata de identificar sus tendencias con los principios constantemente defendidos por la escuela política á que tengo la honra de pertenecer; á un Gobierno que recibe todas las indicaciones que desde estos bancos se le dirigen con un amor y una ternura verdaderamente maternales (El señor ministro de la Gobernación pide la palabra); con un interés que solo pueden tener aquellos que están ligados por el poderoso vínculo de la comunidad de ideas y de sentimientos. Doy, pues, la enhorabuena al Gobierno, que parece como que se resuelve á matar las prácticas del partido liberal moderado.

Nosotros aceptamos el nuevo reglamento, respecto á cuya reforma todos convenimos en su urgente necesidad. Recordad, señores, las palabras pronunciadas por el Sr. Nocedal al inaugurar la legislatura de 1866. (Leyó.)

Ved cómo nosotros no podemos menos de votar con gusto este proyecto, debajo del cual puede poner en tono irónico, aunque no lo hará el señor Nocedal, aquellas famosas palabras del poeta latino:

Sic vos non vobis....

Pero aun cuando lo aceptamos, el proyecto no deja de tener algunos lunares y algunos rastros de parlamentarismo que sería oportuno remediar.

Señores, creo injusto é inconveniente que continuemos haciendo revolucionariamente nuestros reglamentos. (El Sr. Méndez Alvaro pide la palabra.) La doctrina de que los Cuerpos Colegiados son soberanos dentro de sí mismos tiene su origen en un acontecimiento de triste celebridad, y es consecuencia de un principio revolucionario que nace al calor del libre examen y se desarrolla á la sombra de la revolución francesa. En España no hay precedente de esa doctrina, hija de aquellos que pretenden encontrar el origen de toda autoridad en el lodo de la tierra, en lugar de hacerla descender como luminoso rayo del cielo.

Es preciso no prescindir de la historia, en la cual hay gloriosos campos de batalla, antiguas catedrales, altares encendidos por nuestros padres en el sepulcro de nuestros abuelos. Yo, señores, creo que mientras exista en España la semilla revolucionaria no habrá paz, ni tregua, ni concierto. Las antiguas tradiciones y las nuevas teorías se hallan en perpetua lucha: la Constitución escrita está en oposición con esa otra establecida por Dios á través de los siglos. Por eso vivimos en perpetuo motín y somos testigos de repetidos trastornos. Ya sabéis cómo se hacen aquí las revoluciones: se juntan cuatro políticos; se agregan á ellos algunos capitalistas; se sacrifican dos ó tres batallones de soldados inocentes, y el país, entre los gritos de la revolución y el estruendo de las armas, se encuentra dominado por los progresistas, ó por los moderados, ó por los unionistas.

Cualquier Gobierno, señores, que sustituya al actual, cualquier partido que reemplace á este que hoy domina, empezará por pedir á las Cortes del Reino un nuevo Reglamento. Los mismos hombres de la actual situación el día que sean oposición, encontrarán en él una barrera insuperable. Los virtuosos progresistas, los santos moderados y los hábiles unionistas, todos juntos os presentarán proyectos de reglamentos.

Restame tratar una cuestión incidental: el artículo 45 dice que el cargo de presidente puede renunciarse. No comprendo por qué por ser voluntario ha de ser renunciable.

¿Se quiere acaso que el presidente vote siempre lo que el Gobierno? ¿Es algún oficial de secretaría, ó se trata de sostener que el presidente debe renunciar cuando le plazca al Gobierno?

Siguiendo por este camino podrá suceder una cosa, y es que un día salgan de su casa 200 diputados con ánimo de elegir un presidente que represente sus aspiraciones, y que al llegar aquí, una palabra del Gobierno baste para llenar la urna con un nombre que no represente nada de todo aquello: mejor sería, pues, en mi concepto que el nombramiento de presidente fuese exclusivo de la Corona y se publicase en la *Gaceta*. Ha dicho.

El señor ministro de la Gobernación contestó á algunas alusiones al Gobierno que había creído ver en el discurso del Sr. Fernandez de Velasco.

El Sr. Bertran de Lis habló para una alusión personal.

El Sr. Coronado consumió el segundo turno en contra del voto particular del Sr. Cláros.

El Sr. DIAZ CANEJA: Señores, no pensaba terciar en este debate; y no lo hubiera hecho sino las palabras del Sr. Coronado. Yo sostengo ese voto por su tendencia anti-liberal; y como S. S. ha venido á defender aquí el liberalismo, tengo que decir por qué le combatimos los que sostenemos cierto orden de ideas.

Nosotros, señores, combatimos el liberalismo, porque lleva consigo el libre examen, que ha dado lugar á la escuela jansenista en otro país, y en este al nuevo partido liberal, que siempre que ha tenido ocasión, se ha ocupado de la reforma de los derechos de la Iglesia de un modo violento.

No recordan los señores diputados que en la ley de Instrucción pública se ha declarado la opinión del Gobierno superior á la de los Obispos en cuestión de fé? Pues esto es lo que nosotros no queremos. Ya tiene el Sr. Coronado explicado bien claramente lo que combatimos al combatir el liberalismo.

Viniendo ahora al voto particular, no tengo nada que decir después de lo que tan elocuentemente ha manifestado el Sr. Fernandez de Velasco, y me callo.

El Congreso acordó que no hubiera sesión anoche.

Se levantó en seguida la de esta tarde.

Eran las seis.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Salustiano, confesor.—Vigilia con abstinencia de carne.

SANTOS DE MAÑANA. La Pascua de Pentecostés y San Primo y San Feliciano.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia Oratorio del Espíritu Santo, donde se celebrará á su Divino titular con Misa mayor y sermon que predicará D. Nicolás Cubero, y por la tarde en los ejercicios del Selenario será orador D. Ignacio Ibarra.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora del Rosario en Santo Tomás.

Se reza de la presente festividad con rito doble primera clase octava y color encarnado.

SANTOS DEL LÚNES.

San Crispulo y Restituto, mártires, y Santa Margarita, virgen.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en el Oratorio del Espíritu Santo, donde por la mañana habrá Misa mayor y sermon que predicará D. José Rivas, y por la tarde en los ejercicios D. Juan Barbero.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de Loreto en su iglesia, la del Sagrario en San Ginés, ó la de la Vida en Santiago.

Se reza de la presente festividad con rito doble primera clase, octava y color encarnado.

CORREO DE HOY.

La majadería de Garibaldi no tiene límites. No satisfecho con pasar un *memorandum* á la mayor parte de las naciones de Europa, según las noticias que recibimos y publicamos ayer, se propone celebrar un Congreso masónico en Nápoles. Al efecto ha convocado á todas las logias del flamante reino para el día 21 del presente mes. Esta reunion, dice *Le Monde*, se erigirá en Asamblea constituyente de la francmasonería con el objeto de establecer entre todas las sociedades secretas la unidad de pensamiento necesaria para que todas las sociedades secretas procedan unánimemente en la agresión á la Ciudad Eterna. En la carta convocatoria dice Garibaldi á las sectas: «Os participo que la unidad masónica entraña la unidad política de Italia.»

En Podlachia han sido suprimidas por un ukase del Emperador Alejandro las diócesis católicas y relevados de sus funciones los Obispos. Por el mismo decreto imperial han sido agregadas las diócesis suprimidas á la de Lublin.

¿Habrá transmitido este decreto por telégrafo el Emperador de Rusia á la Emperatriz Eugenia?

Anteayer hubo en Bilbao un horrible incendio en la casa en que tenía la imprenta D. Eduardo Delmas. Tres casas iban quemadas y lo que es peor se contaban algunos muertos y heridos y el incendio no estaba dominado.

Ha salido de Sevilla para la Ciudad Eterna el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de aquella diócesis.

Se esperaba en Badajoz que el día 8 pasasen por aquella ciudad con dirección á Madrid y Roma los señores Obispos de Oporto y Lisboa.

Anteayer tarde llegó á Valencia el señor Obispo de Segorbe, acompañado del señor Dean y el señor Chantre, y ayer mañana salieron para Roma dicho señor Obispo y los de Tuy y Badajoz.

El reverendo Obispo de Barcelona ha dirigido á los fieles de su diócesis una tierna despedida con motivo de su próximo viaje á Roma.

LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EL DÍA 7 DE JUNIO DE 1867.

Con 200,000 escudos.	6,554
Con 80,000.	5,255
Con 40,000.	1,470
Con 20,000.	5,722
Con 10,000.	8,225

Con 2,000 escudos.	87	495	670	679	1795	1952
	2551	3996	4255	4516	5099	5539
	6044	6065	6769	6801	6964	6978
	6981	6995	8262	8461	8965	9404
Con 1,000 escudos.	735	1425	1456	1640	1650	1805
	2290	2498	2538	3167	3276	5301
	5788	5946	6197	6324	6379	6484
	5510	5863	6049	6125	6320	6458
	6547	6665	7715	7806	8378	8556
	8615	8814	8880	9135	9235	9455
Con 600 escudos.	20	62	85	91	114	117
	138	150	152	156	175	227
	256	285	371	572	590	401
	442	445	446	500	624	656
	645	662	672	694	734	755
	777	779	841	889	904	921
	956	954	975	985	995	

1006	1010	1065	1146	1170	1184
1224	1249	1260	1277	1297	1356
1441	1455	1506	1580	1586	1595
1444	1476	1516	1557	1567	1569
1665	1677	1687	1715	1725	1732
1759	1760	1772	1778	1784	1797
1805	1807	1829	1840	1877	1889

2006	2018	2052	2058	2061	2082
2155	2154	2161	2188	2256	2281
2332	2325	2351	2426	2546	2556
2569	2579	2614	2620	2625	2629
2656	2727	2751	2754	2755	2766
2809	2866	2880	2885	2886	2975

5051	5065	5104	5182	5190	5205
5245	5249	5278	5288	5289	5295
5322	5354	5368	5382	5445	5450
5455	5500	5505	5508	5521	5535
5558	5562	5570	5587	5607	5628
5651	5674	5684	5761	5786	5817
5821	5890	5899	5914	5919	5960
5964	5971	5981	5990		

4095	4057	4068	4128	4167	4169
4229	4285	4508	4517	4519	4532
4554	4566	4567	4591	4417	4444
4466	4467	4469	4489	4509	4515
4554	4550	4554	4566	4592	4596
4680	4697	4731	4732	4739	4757
4775	4847	4892	4896	4914	4915
4926	4980	4982	4986	4998	4999

5014	5055	5068	5098	5106	5142
5171	5183	5257	5247	5265	5269
5281	5320	5322	5353	5356	5376